

E S T  
A C I  
Ó N 2 3  
P O E  
S Í A

E S T  
A C I  
Ó N  
P O E  
S Í A

**María Baranda [3] Sonia Chocrón [4] Julia Santibáñez [6] Felipe Benítez Reyes [7] Piedad Bonnett [9] Antonio Solano Gallego [10] Andrea Bernal [12] José Antonio Pamies [13] María Ángeles Pérez López [14] Juan Alcaide Rubio [15] Patricia Luque [16] Javier Compás [17] José Antonio Gómez-Coronado [19] Juan Malpartida [21] Antonio Colinas [22] Jaime Siles [23] Rosa Díaz [25] José Luis Torrego [28] Carmen Fernández Rey [31] Germán Ramírez Lerate [32] Álvaro Galán Castro [33] Jorge Ortega [35] Rodrigo Olay [37] Andrés García Cerdán [40] María Clara Salas [41] Álvaro Fierro Clavero [42] Armando González Torres [44] Jorge de Arco [46] Juan José Tejero [47] Rocío Arana [50] Lola Mascarell [52] Luisa Moreno [53] Daniel García Florindo [55] Daniel García Florindo [56] Manuel Carbajosa Aguilera [58] Álvaro Salvador [60] Juan Peregrina [61] José de María Romero Barea [62] José Luis Abraham López [63] Sofía González Gómez [64] Josefina Aguilar Recuenco [65] José Francisco Díaz Alonso [68] Ana Isabel Ballesteros Dorado [69] Florencio Luque [70]**



## María Baranda

### Sierra Nombre de Dios, Navacoloaba, el sitio

donde corren los pecaríes eufóricos  
su regocijo al campo  
celebran, van como el amor si lejos  
de los propósitos soñando  
la plenitud del aire la marejada en el retumbe  
cuando la noche  
entonces,  
cuando los fríos  
dónde,  
si huelen en la raíz el canto  
al corazón y el púlpito de los peñascos  
tan primordiales suben la cuesta  
al llano se lamen  
lo que los nombra siempre  
pequeños dioses,  
*coyamets,*  
indecibles como el amor,  
insisto.

# Sonia Chocrón

*DOPPELGÄNGER*  
(Desdoblamientos)

La vida y yo  
somos  
un vicio correspondido  
por duplicado.

La he amado.  
Pero ella también  
me ha amado a mí.

A veces una le juega  
trampantojos  
a la otra.

Un traspíe con una amarra invisible.  
Punzadas de tijeras para cortar candados.  
Una ausencia por tristeza  
estacional.  
Puertas delatorias como un espejo  
indiscreto.

También hay días en los que reñimos.  
Nos reclamamos distracciones,  
palabras ociosas, olas que hemos dejado partir.  
La terquedad para vencer fados  
y tramontanas,  
la flama demasiado obvia del fuego,  
o abnegadas deserciones, pañuelos prematuros.

Algunas noches de desmanes  
no dormimos de tanto conversar  
sobre el deseo.

Coincidimos casi siempre:  
El ansia es la señal  
de ambas  
juntas.  
Nos devoramos.

## **Julia Santibáñez**

EN CHINO

Poemas míos han sido volcados  
a idiomas europeos  
que conozco: inglés,  
francés, italiano.  
Me gustaría verlos  
por ejemplo  
en chino hospitalario,  
escritos con signos  
idénticos a huellas  
de un baile de gaviotas  
en la arena  
y más tarde escuchar  
en voz de un traductor  
qué digo en esa lengua  
qué cosas imposibles  
qué prometo y dejo sin cumplir.

# Felipe Benítez Reyes

## VENUS DE ITÁLICA

A Juan Vicente Piqueras

Figura mutilada de mujer.  
Aproximadamente siglo II d. de C.,  
bajo el imperio de Adriano.

Durmió durante siglos bajo tierra.

De ese sueño salió por un azar,  
según explica el guía del museo:  
la excavación de un foso  
en el corral de un pueblo sevillano.

Y ahora, bajo estas luces,  
canta el mármol y es carne,  
y piedra trascendida en forma humana,  
deseo detenido  
en la edad más intensa del deseo.

Desnuda ante la fuga a ciegas de los años,  
bajo el frío de su piel de honda blancura  
late  
el pulso inmóvil de la perpetuidad.

Doncella en su esplendor decapitada,  
helada allá en sí misma,  
joven siglo tras siglo y sin ser nadie.

Mientras que algunos imaginan  
una existencia eterna

en forma  
de espectro intemporal y bendecido,  
en piedra poderosa se exhibe un renacer  
perenne, la  
simulación exacta de la vida,  
el cuerpo que no muere de sí mismo.

Figura de mujer. Venus de Itálica.

# Piedad Bonnett

## DE LA TRISTEZA

Es pertinente hablar de la tristeza.  
De su forma  
de entrar a media tarde con su frufnú de seda  
y sus buenos modales.  
O de cómo nos hierde con su lluvia de arena  
cuando nacemos otra vez al día  
y recordamos  
que ahora somos islas a las que nadie llega.

(La tristeza,  
tan distinta al dolor, que es como un golpe  
de espuela sobre un cuerpo  
desnudo, despojado)  
Nos parece que arropa, la tristeza,  
pero es porque nos hace niños viejos,  
a la vez inocentes y nostálgicos.

Alguien canta a lo lejos, en el mundo de antes.  
Y del canto prendida nos llega la tristeza,  
blanda, sorda y espesa  
como lava  
cargada de cadáveres de pájaros.

## Antonio Solano Gallego

Entonces yo buscaba la vida mirando al horizonte.  
Aquella masa azul de tiempo por venir era un cáliz luminoso.  
Yo solía exponerme en las afueras  
y contemplar a contraviento aquel glaciar de horas prometidas.  
Decidí un día de aquellos  
dejar mi adolescencia en las habitaciones condenadas de arrepentimiento,  
no volvería la mirada –pensaba–  
si no era para ver arder las tardes mansas y estancadas,  
para contemplar aquel incendio de horas  
que nunca nos perteneció.  
Cuando uno toma decisiones importantes  
oculta al mismo tiempo los párrafos tachados,  
pues la inocencia es un error que nos contiene.  
Y es así como arranca mi memoria del caníbal.  
Comenzaba a pensar en cosas que perecen,  
en palabras de resina y muslos de alabastro.  
Aquella masa azul de tiempo generoso  
estallaba entre mis manos como fruto regalado  
sin pensar siquiera en despilfarros,  
sin apagar la luz, dorando el sol nuestros cabellos,  
sin reparar en tardes infinitas  
atravesadas de mar,  
saciadas de abril,  
sangrando sombras que no vimos.  
Ahora, que visito la vida que nos trajo  
observo tras de mí el reguero de los días inmolados,  
todo es un olor de hierba y pieles abrasadas,

un antiguo estrépito en los crematorios de abulagas.  
Pero todo estará bien. No hagas caso,  
todo estará bien.  
Entra, esta será la casa;  
entra y ten cuidado  
no pises sin querer los restos del suicidio.

## Andrea Bernal

He estado de pie toda mi vida,  
como avisándote,  
que yo también tenía un hacha,  
que yo también podía cortar la vida de alguien si me lo  
proponía a pedazos,  
pero normalmente mi animal nocturno reposaba pronto.  
Así te salvaron, las horas de un negro reloj.

## **José Antonio Pamies**

### ALTA ES LA EXIGENCIA DEL CANTOR

Alta es la exigencia del cantor,  
de rama en rama se ejercita  
frente al gran espejo de la tarde,  
no tiene miedo ni esperanza,  
aún no distingue su verdad,  
paso a paso viene musitando  
un sonido extraño y melodioso  
que lo convierte en culpable,  
al caer la noche encara el mal,  
orgullosa de su gesta  
siente placer al escucharse  
en el leve reflejo del río,  
donde su voz se crece,  
detenido el tiempo en su canción  
se sabe joven, invencible,  
alta es la exigencia del cantor,  
su diferencia  
pronto se convertirá en un lastre  
que desconoce todavía.

## María Ángeles Pérez López

#

La rótula gira sin revancha.  
Da vueltas, de modo preciso y tenaz,  
igual que esas bolas de cristal inverosímiles  
con las que instalamos en nosotros el invierno.  
Cuando están boca abajo  
caen copos de plástico muy frío  
en corzos y rebecos que se esconden  
del hilo enrojecido de su sangre.

Pero tu pierna solo sueña con el sol.  
Desplaza en su rótula  
el peso de su propio ecosistema.  
Ni ella  
ni los demás animales  
temerán a la noche.  
Cuando gira llamando a los cervatos  
vuelan plumas de mirlo y garza real  
sobre días adversos y sordísimos  
que quieren desquitarse de morir.  
Liviana  
los bendice  
la blancura.

# Juan Alcaide Rubio

## LABERINTO

Esta tarde pesada y gris arrastra,  
sucias las calles, el blusón metálico  
que anuncia una tormenta calinosa.  
Todo el plomo del cielo pesa  
como hace siglos, como en otras tardes  
de domingo y de sombras infantiles  
donde empezaban a morir  
los inocentes.  
Y esta pena sin nombre de la tarde  
es como aquellas, aunque vieja  
y desgastada por la lluvia.  
Si en medio de esta hora  
pregunta el hijo por el mito  
de Ícaro y de Dédalo,  
debiera uno estar alegre,  
pero es tan cenagoso el valle...  
También sobre los hijos caerá  
la misma tarde a plomo,  
tarde sin nombre y sin salida  
igual que un laberinto.  
Y el padre no estará  
y se habrá ido sin saber  
hacerles unas alas para huir  
de esta tarde mil veces repetida.

## Patricia Luque

### OVILLO DE REÚMA EN EL SOFÁ DE ESCAY

Gatos que paseáis mi casa,  
tótems peludos que ofrecéis limosna  
de apego minimalista,  
que asaltáis mi despensa de apetito  
procesado  
y orináis la moqueta porque no hay  
arena ni recuerdo  
nítido de playa.

Sabedlo:  
sois el desacato y os concedo  
el ultimátum.

Lleváis apellidada la familia.  
Purgadme y haced de mí  
uno de los vuestros  
o comed al fin mi corazón  
de cría enferma  
y acabadme.

## Javier Compás

HACE 50 AÑOS YO NO ESTABA EN PARÍS

No había playas bajo los adoquines,  
había asfalto de autopistas de peaje,  
cemento de parques sin árboles  
y ladrillos rotos de la casa que nunca tuvimos.

Pedimos lo imposible,  
pero la realidad nos dio en la cara  
y seguimos encendiendo el flexo de nuestro escritorio de ocho a tres,  
recorriendo los pasillos del hipermercado  
mientras empujamos un carrito metálico  
y, los sábados, haciendo limpieza en el trastero.

No nos prohibieron nada,  
nada estuvo vetado desde entonces, no tuvieron necesidad,  
la policía del pensamiento se volvió sutil y despiadada  
y a los que nos salimos del tiesto nos condenaron al ostracismo social,  
como apestados.

La imaginación nunca conquistó el poder,  
solo lo hicieron los *realities* cutres,  
los cómicos chabacanos,  
los sastres de lo horterera.

El telón de acero fue derribado por soldados vestidos de Armani,  
disparando con sus maletines de cuero legítimo  
llenos de pólizas hipotecarias.  
Nos dimos cuenta de que el paraíso estaba empedrado de calaveras heladas,  
de legiones de alienados bajo gorros de piel y narices rojas de vodka.

El hombre llegó a la Luna en un decorado de Hollywood,  
mientras los chicos negros caían tiroteados en el Bronx,  
mientras los chicos blancos morían en un suburbio de Manchester,  
con jeringuillas clavadas en los brazos.

Nunca paseamos por París,  
ni escuchamos a un poeta americano en la librería  
Shakespeare & Company  
en realidad era Ethan Hawke,  
un poeta muerto.

## José Antonio Gómez-Coronado

### NUNCA FUIMOS ETERNOS

Nunca fuimos eternos, pero a veces  
nuestro amor inventó constelaciones,  
pequeños archipiélagos que duermen  
en el mar encendido de la noche.

Mis labios descubrieron casi a tientas  
la forma de tus labios. Y tus manos  
me enseñaron manzanas que ocultaban  
el origen del mundo.

Nunca fuimos eternos pero el sueño  
de una sola palabra  
voló sobre nosotros hasta el alba.

A veces contemplamos las mareas  
que galopan y enseñan sus tesoros  
en las islas que suben hasta el cielo.  
A veces me enseñaste sin saberlo  
ese sabor metálico  
de las estrellas rojas,  
ese sabor tan ácido  
de los labios que callan y no besan.

Nunca fuimos eternos, pero un día  
bajo la misma lluvia  
lloramos desde lejos. Desde lejos  
la noche vació sus maravillas  
y apagaron las nubes sus destellos.

Miré hacia atrás por ver si caminabas  
junto a mí, pero un coro  
de voces apagadas fue llenando  
de niebla nuestros días.  
Solté tu mano en medio de la noche,  
busqué la luz del sol, y ya no estabas.

Nunca fuimos eternos, pero a veces  
surge desde la sombra de la tarde  
un aroma fugaz que conocimos  
y me lleva un instante sin saberlo  
a la orilla de un mar que ya no existe.

# Juan Malpartida

## ROCE DE HOJAS

La roturación líquida de la roca  
en el oído del arrecife.

La simiente del viento.

Horizonte de mareas y nubes.  
Ante la vieja paciencia de los ciclos,  
el trémulo ramaje del deseo  
y el renovado vértigo de las arenas.

Díálogo

de las edades con gentes, piedras, árboles,  
realidades reales, sólidos fantasmas,  
etimologías en noches de trenes y viajes en una pausa,  
vigilia en el cuarto cortado por la navaja de Occam,  
en el teatro de Agón.

La platea vacía

desde la vertical de los relojes,  
una mano en el vaso del acuerdo y la otra  
(país del sueño) hundida en las sombras.  
Apenas certidumbres, sedimentos de algas,  
y la raíz del amor plantada en la sed,  
obstinada en el tú.

La fijeza,

la inocencia nunca vencida por lo necesario,  
los dioses del ocio y las voces de las ninfas  
en el roce húmedo de las hojas.  
Cae la tarde o se detiene en la escucha.  
Las raíces son aire y tú hablas a solas.  
Roja espuma de tiempo.

## Antonio Colinas

### AQUEL VIENTO

No te olvido.  
Era de noche.  
Me llamó aquel monte.  
¿De dónde viniste viento  
que allá arriba acudiste  
para someterme?

Me llamó aquella brisa que me abrió  
el rostro  
para derribarme  
sobre un terreno áspero.  
No sabía lo que estaba pasando  
en mí y fuera de mí,  
ni de quién era aquel viento-llamada.

Luego, mientras descendía a tientas  
por el sendero oscuro  
hacia el canal de las moreras,  
comprendí que mi cuerpo  
iba lleno de música  
que no me abandonaba,  
que nunca me abandonó.

## Jaime Siles

Et sol crescentis decedens duplicat umbras  
VIRGILIO, *Ecl.*, II, 67

Como cae la sombra sobre el suelo  
la tinta cae sobre la página,  
todavía espejo del silencio  
reflejo sonoro de una lágrima.

La sombra y la tinta, paralelas  
al sonido y al eco de la nada,  
avanzan por el blanco y por el día  
como en un lienzo una leve mancha.

Gotas del ser disueltas, esparcidas  
sobre el breve espacio de su marcha,  
caminan hacia el gris que se encamina  
hacia un río de sólo arenas áridas.

Gotas de tiempo caen destiladas  
como plumas de ágiles águilas,  
como comas de brillante espuma  
como notas de música rápida.

Cae la sombra como cae el hombre  
como caen las hojas de las ramas,  
como las vocales y las sílabas  
y se borran los nombres de los mapas.

Caer, fluir como la tinta, arder  
no escrito en llameante llama.

Ser una letra como el sol que cae,  
una paloma que sin rumbo pasa.  
Lo que duplica el sol al declinar  
no son las sombras que del monte bajan  
sino la tinta de nosotros mismos  
borrándose en nuestra propia página.

# Rosa Díaz

## NOCHE OSCURA DEL ALMA

*(Fluido de conciencia)*

El agente de la media noche sabe el quid de sus ordenanzas y nos persuade de guardarnos del coleccionista de infortunios.

Pasan las sirenas y los coches de policías, y con pantuflas y ropa de dormir y sin el amante que la siguiera, abre los recintos de su domicilio como quien abre la portezuela y baja de sus múltiples calabazas:

Estáticamente y volviendo y huyendo sin salir de las habitaciones.

Una legión de artrópodos, (quien dice artrópodos dice aquello que vino de Wuhan) la persigue a cámara lenta, y nadie le asegura que no se le eche encima el temido caballito del diablo.

Y figonea, y observa el edificio colindante donde otra mujer se asoma a vapear, y dirige hacia la ventana el ansia que Dalí puso en los ojos y los ojos del que «Recuerda».

Y, viniéndole al caso, recuerda a los que se acogen a los paréntesis de los cigarrillos, y como ya no los protege ni el árbol de las defecaciones de los perros, intentan escapar de las miradas inhóspitas porque se saben en los márgenes como una nueva mendicidad. Por eso se ocultan entre los pliegues de la luz que pueda deslumbrar a sus inquisidores.

¿Dónde tendrán que refugiarse? Se pregunta apelando a la misericordia.

Y como solo el agente de la media noche sabe el quid de las ordenanzas, se despide de las aceras desde su última ventana y, al destapar la cama mueve el rayo de luna, el claro de luna que hay en la colcha.

¡Y qué hermosa música ve cuando se acuesta y la cubre su trozo de claridad!

Calor y cobijo para su cansancio, su mal de África, su derrotado abandono en el que se vence seducida.

E imitando a su gato y tras el credo laico de «mañana nos salvarán», busca el sitio de su acomodo y desciende por la somnolencia a las profundidades de la mente.

-¡Mañana nos salvarán!

Dice hundiendo los párpados en el más oscuro. Pero dice mañana sin ponerle señal al calendario, sino mirando al mañana y conservando todos estos días entre la brevedad eterna de las rosas. Es cuando el gnomo de la noche, el que ahecha las semillas del que duerme para que se conecte con sus pesadillas, le enseña las cosas que no sabe y tal vez no sabrá.

Alguien que viste su bata de casa toca su embozo, la intenta despertar. Sugiere que la siga mientras le oculta el rostro que no tiene.

Y la sigue.

Sigue a la bata que compró en este tiempo aciago para que la vistiera su celeste misterio. Y por el pasillo de su oscuridad, dudando está si en ella va su madre en ese cuerpo feble que otorga la ceniza.

Y así se empeña en el celeste rastro, en el hoyo que hace con el aire su mano al asir un pellizco de tela vacía...

Sufre de horror y grita sin percudir sonido. ¿Esa sombra es su madre, que se pone su bata y comparte con ella su celeste misterio...?:

En la calle de la nieve tiene su casa, y el grimorio con el que aprende a llevarse sus hilos.

Y desde ese silencio de espectro y espabilada por la claridad, siente que larga es la espera. Demasiado larga se está haciendo y le hubiera gustado saber más de aquello como amor... de aquel muchacho.

Un día de septiembre partió con él en un tren antiguo. Llevaba a su niña cosida a las entrañas. Era ayer mismo. Ayer lejano. Ayer aquí como una punzada.

Había la misma humedad relativa del aire de ayer y los trinos igual que en el vergel hundido en el tiempo. En otro tiempo. El tiempo que sabía ignorando el tiempo por venir.

Hicieron el amor en el lavadero, en la cocina y en el cuarto de baño.

Inventaron «Nueve semanas y media» y después se quedaron en el camino de las «fresas salvajes...»

Igmar Bergman los atrapó y andan jugando entre cuadros y guadañas, con filos cortantes que dan a extrañas pesadillas que vienen a ser verdad.

Es un tiempo enrevesado este –habla de Ulises– para andar el «camino de baldosas amarillas» buscando el valor, el corazón y la cabeza, con las sirenas de las UCIS saliendo de los domicilios.

Con las sirenas de las UCIS y los infartos que se callan. Los cánceres que se dejan para luego con las sirenas de las UCIS...

# José Luis Torrego

## EXTRANJERO

a Benilde Muñoz

Y ahora resulta que soy un extranjero  
*Maman est morte* y nada es patria  
para el que queda sin raíces.

Furtivos ladrones en la noche  
rapiñaron, extrajeron, saquearon  
el pobre hogar donde fríen las patatas  
cada tarde de la cena y cuelga el lomo  
adobado con sal y ajo solamente.

Un extranjero  
perdido en ciudades de otra era  
con soledad a multitudes de silencio.  
Desvalido condenado a los ambages  
entre círculo y círculo sin Virgilio  
cual si el muerto fuera aquel que queda vivo.

Atmen, alma, Mahatma  
se han llevado  
mi hálito con el suyo y sin aire, ni una mano  
de tu mano, ni un aliento  
que sea alivio, ni los besos  
que en sus párpados puedan guiar su travesía.

Sin alférez has caído  
que porte el estandarte de tus tierras. Las ganadas  
a jornal de sol a sol en pleno invierno

que heló tu juventud tempranamente.  
Ni una queja  
saliera de tus labios, gritaban todas  
en tu entraña vaciada injustamente.

*Maman*  
te llevan  
los ladrones furtivos en la noche  
desde el frío de la tierra sin escrúpulos  
me lo contabas onírica cuando enferma  
*y ni me dejan coger un abrigo con la belada  
que está cayendo por la sierra.* Especulan  
con la edad de los niños de la guerra  
abnegados que crecieron sin un lujo  
y les niegan  
el bienestar que crearon. Son estorbo  
para las ratas del Palacio de la Bolsa,  
los defensores de salón de los derechos,  
los falsos adalides, falsos, falsos  
y quisiera matarlos, yo que nunca  
deseé ningún mal ni a los malvados.

Una malva  
fuiste en vida,  
la alegría persistente en tu revuelo  
pensando en sacrificios por los otros.

¿Quién te llama imperioso que no que no deja  
que tú y yo nos despedamos,  
que una madre  
no vaya con sus hijos de la mano  
en el último camino,  
el que nos lleva  
a ser puro atardecer entre los berros  
de los caces que no existen ya sino en nosotros  
de ese pueblo que me diste para siempre?

Extranjero,  
que sin ellos yo no tengo  
dónde ir a buscarte, a recogerte  
a llevarte a un banco al sol sin más idea  
que hablarte, escucharte,  
estás conmigo  
bajo el sol que te da ahora  
tiempos mayos  
de amapolas despuntando entre los trigos.

¡Qué inconexo  
queda el mundo  
sin tu hilo que nos una!

Un extranjero  
soy sin ti, sin una tierra.

Ahora mi patria

sólo puede ser tu cielo.

*Ninguna parte, 30 de marzo, cinco que llevo siendo apátrida.*

# Carmen Fernández Rey

## LA PALOMA

La paloma ha venido hasta mis pies.

Sin asustarse bebe en ese charco.

Lo miro y puedo ver en su reflejo  
mi pesadumbre al fondo,  
como un agua estancada.

Tal vez esta paloma,  
con ese blanco alegre de sus plumas,  
ha querido beberse mi nostalgia.

Y me presta sus alas  
para que yo levante el vuelo.

## Germán Ramírez Lerate

### LA TUMBA DE JORGE LUIS BORGES

Bajo los cielos grises  
que trascienden los ritos de la lluvia  
una flor ciega duerme en tu regazo.  
Aquí, Ginebra se levanta turbia.  
Los días se suceden.  
Unos versos en tu mente que nunca  
podrías recitar  
se consumen ahora en la ruin tumba  
donde moran los *vikings*  
y unas arcaicas runas  
de aquella Escandinavia casi utópica.  
Una luz hedonista, vil y oscura  
—sobre las muchas sombras que es tu lápida—  
los rosales alumbra.  
He dejado estas rosas  
blancas en la penumbra.  
A un lado, mi volumen de *El Aleph*;  
al otro, estas páginas de sucias  
influencias y remedos,  
el fruto de mis lúcidas lecturas:  
este poema que será inútil  
y que no leerá tu voz difusa,  
como esos versos últimos  
que viste en tu agonía de locuras  
poco antes de morir.  
El Azar nos dejó con esta duda  
del infame Universo:  
acaso nos veremos en las dunas  
de otro tiempo. Tal vez somos El Mismo.

## Álvaro Galán Castro

EJEMPLAR N.º 245 DE *LE CHANT DES MORTS*, DE REVERDY Y PICASSO

*Il fallait écrire  
toutes les lettres  
d'un autre alphabet*

PIERRE REVERDY

Espero en una sala de lectura  
de la casa natal de Pablo Ruiz Picasso  
que me traigan el libro.

Para ser más exactos con el nombre,  
es la casa de un tipo que se llama  
Pablo Diego José  
y Francisco de Paula  
y Juan Nepomuceno María de los Remedios  
y Cipriano  
de la Santísima Trinidad Ruiz y Picasso.

La casa que es también la casa ahora  
de Inglada, el singular «pastor de libros»  
a quien creo poder llamar amigo.

Los libros de la sala facilitan  
que me sienta yo incluso como en casa,  
yo que muy raramente estoy en casa.

Una casa sin libros  
no se puede decir que sea una casa.

Y ahí viene Salvador con la carpeta  
del *Canto de los muertos*, y la pone  
delante de mis ojos en la mesa.  
Y, al abrirla, el misterio se desvela,  
aunque no se comprenda, se despliega.

El látex de los guantes no aísla ni entorpece  
la descarga en la punta de los dedos.  
Tampoco la humedad en las paredes  
del papel de vitela, *vélin d'Arches*, amortigua  
el látigo de fuego en la mirada.

¿Qué es esta vibración que hay de pronto en el aire,  
esta aura epiléptica erizándome el cuello?

Con un minio extraído de las venas,  
un pigmento entrañable y vigoroso,  
los signos se han trazado  
para darse sangría por los muertos.

Y están aquí las rojas osamentas,  
el arcano alfabeto del maestro,  
su alquímico *rubedo*,  
junto a la tinta oscura del poeta,  
su negro antifonario, su hiel de puño y letra,  
sus ráfagas de sangre,  
en tanta comunión para decirnos  
que llanto al llanto y polvo a la ceniza  
y silencio al silencio.

Que en esta breve muerte  
hay demasiada vida.

# Jorge Ortega

## CANCIÓN DE ENERO

Cambian las fechas, pero no el paisaje.

En medio de la nada  
rocas, torres eléctricas, cabañas  
permanecen igual, sin desaparecer.

Libramientos, veredas,  
resecos pastizales, ocotillos,  
poblados, granjas.

El tiempo ha endurecido la materia  
hasta llevarla a no modificarse  
en lo esencial.

Las montañas, las viejas arboledas,  
los troncos minerales  
desmienten la llegada de otro año.

No existen los aniversarios. Nunca  
se cumplen intervalos. No hay  
vuelta a empezar:

las cosas están quietas en su ser,  
las cosas son perennes ya con ser.

Somos nosotros los que decaemos,  
registrando las horas

o velando la ronda de los ciclos  
en el iluso ábaco  
de la era cristiana.

Contantes y sonantes. Girando y girando  
como planetas blandos y fugaces  
alrededor de un sol  
sin edad.

# Rodrigo Olay

DOMINGOS

No amé nunca las motos,  
sin embargo  
no olvidaré la flecha plateada  
de Olivier Jacque en el 99;  
ni los cuerpos de Kato y Simoncelli,  
muertos en el asfalto, ruido y furia,  
y pinturas fugaces que carenan  
los motores salvajes, subitáneos;  
o la vez que, con Movistar, Elías  
perdió el mundial de 125  
en Motegi —la niebla tras el túnel—,  
azul cobalto por la arena húmeda;  
o cuando el hijo de Graziano Rossi  
iba soltando coces por Sepang,  
despacio por la larga parabólica,  
o el día en que en la 13 de Jerez  
abrió la trayectoria y sacó fuera  
de pista a Gibernau —a quien recuerdo  
en Valencia, en mojado, en la Suzuki,  
haciendo flamear las dos banderas,  
nuestra española y la de los EE,  
UU., días después del 11-S—;  
o la blanca mañana de Estoril  
cuando Marc Márquez, diecisiete años,  
salíó desde *pit lane* y primavera  
lo ungió como a los héroes; o la plata  
que explota junto a Philp Island y  
salpica cada curva de salitre,

de gaviotas la breve contrarrecta,  
y el oleaje atruena y es su rabia  
de mayor cilindrada y su color;  
o si Jorge Lorenzo sobre aquella  
Derbi rojiverdosa adelantando  
por fuera, o cuando es Assen se partió  
la vida y se operó y volvió al circuito  
quince horas después y pilotaba  
dulce y preciso como nunca Biaggi;  
y las veces en Donington, mojado  
de bruma el pavimento, y era entonces  
Gary MacCoy quien sobre su montura  
humilde sometía hasta a las Honda  
naranjas, rojas, negras de Mick Doohan,  
que deshizo una pierna en un piano,  
y de Álex Crivillé —tenía nueve  
años cuando ganó en Brasil su título,  
siendo sexto, el primero de 500,  
yo, que fui de Pedrosa, pero nunca  
lo consiguió aunque anduvo cerca, siempre  
me gustaron los héroes silenciosos—;  
Alzamora, a quien no tumbó Melandri;  
Anthony West sobre su Kawasaki  
menta como qué bosque para el ronin;  
Bayliss, que destrozó récords en Cheste  
con un demonio en llamas de Ducatti  
y después regresó a su Nueva Gales  
como si nada hubiera sucedido  
en el *last GP race* de 2006;  
o Álex Barros y Loris Capirossi  
con aquellas satélites oscuras  
guerreando semana tras semana  
en 500 —y Pons era su mánager—;  
o Kenny Roberts Jr., rayo azul,  
campeón en 2000, chasis de seda,  
emboscado al final de cada curva;

o la arena de oro de Abu Dabi,  
un diamante en la noche; y Dry Lagoon  
en Monterrey, y allí, en el sacacorchos,  
lanzarse cuesta abajo, aire a través,  
la frenada más dura del Mundial,  
para luego abrir gas hasta 300  
kilómetros por hora, 85  
metros por parpadeo, cuerpo a cuerpo.  
y el desafuero grita en los motores  
y el cielo  
es una gran  
bandera viva...

No amé nunca las motos,  
pero sí  
cada domingo de mi infancia,  
cada  
domingo luego de mi adolescencia,  
ver las motos  
al lado  
de mi padre.

# Andrés García Cerdán

## EXTRARRADIO

*Verano. Entre girasoles amarillos crujía una pútrida osamenta*  
GEORG TRAKL

A José García Obrero

Lo que hay ante ti es la periferia.  
Ni siquiera *banlieu*, ni siquiera *cités*.  
Los barrios no son barrios. Ni siquiera  
arrabales. Solo edificios solos  
levantados a plomo, bungalows  
junto a cadáveres de ovejas. Parkings,  
gasolineras, vías auxiliares  
llenas de obras y detritus, árboles  
en línea rendidos de hormigón  
y ruido y polución e inexistencia.  
Es lascivo el abrazo del suburbio  
en lo que ya no es ciudad. No hay alma,  
Lyon: afueras y abandono, afueras  
y transición, y la aplastante, sucia  
sensación de ya no pertenecer  
ni ser de nada ni de nadie ya.  
La estética alcohólica de oscuros  
polígonos y sórdidos *night clubs*  
desliza sus carteles sin semántica.  
Siempre un lugar del que sería  
lo mejor irse cuanto antes, ya.  
Márchate cuanto antes de aquí.  
Con la maleta a rastras, llegarás  
a una estación y, desde allí, a alguno  
de los barrios finales, a sus bocas de metro  
inútilmente maquilladas de dignidad.  
En algún subterráneo, la indiferencia, el moho.  
Algún *clochard* de no se sabe dónde  
franqueará el umbral de lo no dicho.

# María Clara Salas

SUR

Prefiero el abandono del sur,  
los peces de las aguas del sur,  
las canciones de las aguas del sur,  
la confusión de las estrellas y los cuerpos,  
la inmortalidad de las almas entregadas.  
Ahora el desalojo es una realidad,  
pensé en la defensa del océano  
y en las marcas de identificación de nuestra piel  
como una garantía.  
No hay pasos de salida.  
El sur es una promesa con sus límites a cuestas,  
una vez alcanzado, no se convierte en tierra firme.

## Álvaro Fierro Clavero

Nº 16: ROJO, MARRÓN Y NEGRO (1958), DE MARK ROTHKO

*MaMA*

Hemos llegado hasta nosotros mismos,  
a eso que no sabíamos que anhela nuestra frente,  
a lo que contendría nuestro corazón  
si fuéramos espacio, intento, música,  
recuerdo, cercanía,

hemos llegado hasta las puertas  
que estaban a este lado de la piel,  
antes de todas las preguntas.

Le gustaría a mi cabeza reclinarse  
sobre la realidad para escuchar las masas  
con que se hizo el mundo,  
sobre esta transparencia súbita  
que ha rodeado el cuadro  
ante la que uno olvida  
que es una indagación inconsolable  
cuando desea ser un hombre.

Acaso Rothko pretendía  
que amaneciera un sol nocturno,  
acaso esto  
no sea una pintura,  
sino un contenedor de ausencias,  
un recipiente del vacío  
que debe rellenar  
el ojo emocionado que contempla.

El hecho de que no se vean pájaros  
me lleva a preguntarme si es auténtico  
el silencio del aire de la composición,

a qué razón se debe  
que se reparta en islas la mirada,

por qué el cuadro concluye  
aunque jamás comienza.

# Armando González Torres

## AMANECE

Al alba, la función de los pájaros es despertar a los árboles que todavía están dormidos.

Esos días que amanece con la mente en blanco y te sientes como un Dios en vías de aprender su primera lengua.

Amanece y nosotros despertamos, recuperamos la luz, como si el mundo solo hubiese, por unos instantes, parpadeado.

¿Con qué siente uno más alivio? ¿Con la insinuación del amanecer o con la luz que viene después?

Amanece: junto con los retazos de sueño, hemos rescatado un idioma fugitivo de la noche, que por el momento es parco y permanece en un rincón en silencio y con los ojos bajos.

Los pájaros se olvidaron de trinar, las mascotas no celebran, el café no reverbera y, sin embargo, amanece.

Amanece: hay que abandonar sigilosos el cubil de las pesadillas e introducirse en las calamidades de la vigilia.

Amanece: durante el día cargado de rutinas, hay que fingir que se sigue soñando.

Dijo: «Estamos cansados de sueños que se van sin despedirse, de amaneceres que llegan sin saludar».

Aun en la más intrincada oscuridad, el amanecer, con la luz oculta en su vientre, sigue avanzando.

Dijo: «Tenemos dos ojos y, a la hora decisiva del alba, uno se aferra a la noche y otro se escapa hacia el amanecer».

Lo que caracteriza al amanecer no es la luz o el olor a café, sino la disposición del alma al alba.

Al alba, respondemos a un llamado para despertar, pero tardamos mucho en reconocer quiénes somos.

La luz pega fresca en los ojos, de todos los seres que fuiste en el sueño, ya no sabes cuántos permanecen al amanecer.

Amanece: comienza ese proceso mediante el cual la humanidad desaprende en la vigilia todo aquello que le fue instruido en el sueño.

Más allá de la confusión o turbulencia con que los haya parido la noche, los amaneceres tienen el deber de la belleza.

Amanece y algo muy poderoso, el canto de un pájaro, nos apega a este día que pensábamos ya no era nuestro.

Amanece y la vista es tan pura y penetrante que nos revela el polvo finísimo y radiante del que estamos recién hechos.

Amanece y nuestras miradas jóvenes aún no se acostumbran al asombro.  
Amanece y te asalta una duda: ¿dónde posar, agradecido, los ojos que le arrancaste a la oscuridad?

Amanece y, como todas las mañanas, esperas que la luz aclare la vista, que el sol caliente pronto y que te sobresalte alguna alegría imprevista, inmerecida.

Amanece y nuestras miradas jóvenes aún no se acostumbran al asombro del mundo.

Amanece: la piel fresca de la luz sustituye nuestras penumbras ajadas.

Amanece: pronto saludaremos a los primeros seres vivos, pero, antes, debemos escoger nuestras palabras más jóvenes y preciadas.

## Jorge de Arco

### MUDANZA

Hay una luz velada  
bajo las ramas vívidas  
que agita el tiempo.  
Un hombre está nombrando lo que calla:  
una flor para un héroe,  
la esquina impar  
de un hogar en la sombra,  
la soledad de un lobo  
que nunca tendrá dueño.

Pero también está  
nombrando lo que ama:  
la sólita arboleda donde aún  
sopla la brisa,  
la caricia redenta  
de lo posible,  
el beso inventariado del futuro.

Desde la orilla  
esquiva del olvido,  
un hombre está mirando su mañana,  
la fiebre del vivir,  
y, en su silencio,  
cabén aún  
los últimos vestigios  
de su tenaz mudanza.

## Juan José Tejero

ALEJANDRÍA. AÑO 1146 DE NUESTRO SEÑOR

Lleguéme al puerto y vi zarpar mis años  
al ocaso. Un velero se llevaba  
mis juveniles sueños, se alejaron  
de mí muy lentamente hasta fundirse  
en la distancia con la incierta raya  
de mi pasado.

Mis mayores fracasos y los males  
que padecí partieron de una vez  
en otro barco. Tras de sí una estela,  
como una cicatriz, rompió mi vida  
en dos dejándome escindido, a solas,  
de mí librado.

En un tercer navío iré a tu encuentro,  
así lo quiera Dios en Sus alturas,  
mas no será mañana todavía.  
Largas y misteriosas son las vueltas  
que trazamos los hombres y, en sus órbitas,  
también los astros.

# La primera palabra. Seis poemas de Adriane Garcia

SELECCIÓN<sup>1</sup>, TRADUCCIÓN Y PRESENTACIÓN DE MANUEL BARRÓS

*A primeira palavra de*

*Eva*

ADRIANE GARCIA. *EVA-PROTO-POETA* (2020)

Adriane Garcia (Belo Horizonte, 1973) es una poeta, historiadora y educadora brasileña. Ha publicado los poemarios *O nome do mundo* (2014), *Só, com peixes* (2015), *Embrulhado para viagem* (2016), *Fábulas para o adulto perder o sono* (2013; 2017), *Garrafas ao mar* (2018), *Arraial do curral del Rei – a desmemória dos bois* (2019) y *Eva-proto-poeta* (2020). Una de las principales constantes en su escritura es la resignificación de la mujer frente a las estructuras dominantes que, históricamente, la han subyugado. Poesía política —pero no panfletaria— en el sentido más propicio de la expresión: lo que atañe a la dificultad de vivir en sociedad, la áspera convivencia, la subversión de lo público y lo privado, el signo que cuestiona y desnuda a su interlocutor, el lector.

En ese horizonte, *Eva-proto-poeta* (2020) vuelve a la Biblia y a uno de sus mitos fundacionales para reescribirlo desde las sutilezas de la ironía. Tomando a Lilith, Adán y Eva como personajes principales, el libro trastoca las tensiones propias de un sistema de creencias, sus omisiones y sus contradicciones. El paraíso como una totalidad que se impone. La mujer como una invisibilizada realidad que se desgaja, pero que acrecienta su irrupción lírica, en especial desde la voz de Eva. Es ella la disidente que estructura el poemario con sus acciones, diálogos y percepciones sobre las experiencias de habitar una mitología tantas veces misógina. De ahí que la presente selección recoja algunos de los momentos más elocuentes en el devenir de la lectura crítica que Adriane hace de los símbolos del Génesis. Sirva esta publicación para releer los orígenes, para garabatear otros mitos.

---

1 Garcia, Adriane. *Eva-proto-poeta*. Belo Horizonte: Caos e Letras, 2020, 1a. ed.

**Mentira cirúrgica**

Na surdina  
Noturnamente  
Mãos no barro  
Deus cria Eva

Mente  
Que foi de  
Costela

**Voz rupestre**

Eva prepara tintas  
Do pó

Silêncio inscrito  
Em cavernas

**Menu para ser servido frio**

Lilith e Eva  
Vão servir

Costelas.

**Paraísos artificiais**

O paraíso  
É quando Adão  
Está dormindo

**Manual para harpas**

Lilith prefere  
Samael  
Um deus que sabe  
Tocar

**Eva e Samael**

Escorre  
Quente

A peçonha da  
Serpente

**Mentira quirúrgica**

Sin hacer ruido  
Nocturnamente  
Manos en el barro  
Dios crea a Eva

Miente  
Que fue de la  
Costilla

**Voz rupestre**

Eva prepara tintas  
Del pó

Silencio inscrito  
En cavernas

**Menú para servir frío**

Lilith y Eva  
Servirán

Costillas.

**Paraísos artificiales**

El paraíso  
Existe cuando Adán  
Está durmiendo

**Manual para arpas**

Lilith prefiere a  
Samael  
Un dios que sabe  
Tocar

**Eva y Samael**

Se escurre  
Caliente

El veneno de la  
Serpiente

## Rocío Arana

### LA FIESTA

Estar contigo siempre es una fiesta,  
y da igual el lugar.

    A mí me gustan  
las ermitas románicas, las torres  
azules, las nevadas catedrales.  
Pero basta tu voz, un frío yermo  
serviría, la piedra muda y gris,  
pues casa, pan y fiesta son tus ojos.

R E S  
E Ñ A  
S

## Mirar y caminar

LOLA MASCARELL

José Saborit

*Con los ojos de nadie*

Pre-Textos, 2021.

En una carta que le escribe John de Precy a Hermann Hesse en 1913 y que cita Marco Martella en su libro *Un pequeño mundo, un mundo perfecto* (Elba, 2020), a propósito de los jardines, leemos lo siguiente: “Tomémonos algunos instantes, mi joven amigo, para mirar de cerca a ese jardinero. ¿Quién es? (...) Ha olvidado su búsqueda de la felicidad, aquella que lo perseguía día y noche en su vida cotidiana, siempre frustrada, y también sus desgracias. Se ha olvidado de sí. Su mente, diría un sabio taoísta, no es sino un espacio vacío que las energías de la vida –el viento, la luz, el polen, el zumbido de los insectos y Dios sabe qué más– atraviesan en todas direcciones (...). Ya no tiene necesidad de buscarle un sentido a su comportamiento ni a su existencia, porque es parte de él. Y si le preguntásemos cómo se llama, tal vez necesitará un instante o dos para recordarlo, porque en ese momento no es nadie. Su felicidad es perfecta”.

Tomémonos ahora nosotros unos instantes para mirar de cerca al personaje que camina por la portada del último libro de José Saborit. ¿Quién es? ¿Un hombre sin rostro que mira al suelo? ¿Un peregrino? ¿Un monje? ¿Un fantasma? ¿La sombra de un poeta que se acerca a un abismo? No conocemos su identidad, pero al mirarlo con atención podemos imaginar algunas cosas. Por ejemplo que su paseo no es solo exterior. Que sus pasos por la piedra, por el barro, ese que se queda pegado en los pies y en las rodillas del niño, “que tiene el alma de tierra / pero también de agua”, son los pasos que va dando dentro de sí. Le tiembla la silueta de ideas y pensamientos, de visiones que a veces son solo fognazos de color. Y aunque tiene la cabeza en las nubes, no pierde de vista el suelo. Quizás tiene también las manos en los bolsillos porque aunque se esté moviendo permanece en la inmovilidad, porque en un mundo lleno de acciones y de ruido elige desistir, parar, estarse quieto.

La sombra de la portada no es un ser concreto, sino una actitud hacia la vida. Una actitud despojada, de espera, de calma. Una actitud que es el resumen de este libro y que tan bien explica el poema “Sombra”. Solo cuando se libera de los afanes y de los imperativos externos, el caminante, el poeta, consigue convertirse en “el humilde hospedaje/ en el que todo cabe/ una oquedad abierta, “transparente,/ un silencio que escucha”. Como ese jardinero del que habla de Precy ha vaciado su cabeza de cosas y solo así puede su silueta ir llenándose “ahora, aquí de yerba/ de gravilla más tarde”, dibujando un vacío que le permite mirar el mundo con esos ojos nuevos que son los ojos de nadie, transformarse para dejar de ser uno mismo y convertirse en todo eso que pisa: “la yerba,/ la piedra, el adoquín,/ el charco que salpica/ sus gastados zapatos”. Una vez más la poesía obra el prodigio de la transformación. El hombre de la portada es también el poeta que se desliza por el mundo como un niño asombrado, despierto, tranquilo, intentando celebrar el misterio de las cosas sin desvelarlo.

Así es el poeta que escribe este libro y así es también este libro donde la poesía vuelve a su función de cristal, cristal de aumento que señala las cosas, que subraya lo evidente, lo sencillo, no lo simple, el instante preciso en que todo sucede. Y así sale de él el lector que se interna entre sus páginas, igual que la figura de la portada, con la cabeza vacía y los ojos bien abiertos, lleno de yerba, de piedras, de barro, pero también de sensualidad y de metafísica. Sale con ganas y con sed de más vida, sale caminando en busca de las cosas que los versos señalan: “el zigzag verde, la claridad del bosque, ese espejismo, la cresta del vivir más caudaloso, o ese mar de turquesa desmemoria”. Sale con hambre de camino y paso. Sale más pájaro y más cielo. Porque caminar es también una forma de meditación, una forma de acción de gracias, una manera de desaparecer.

El misterio de la ausencia (que como dice Josep M. Esquirol podría ser una “retirada generosa”), de la renuncia, de la invisibilidad es aquí una declaración, un canto al misterio que viene de lejos. La poesía es misterio. *Outis* en griego: ningún hombre y *Nemo* en latín: *nec homo*. Porque nadie es invisible, pero tiene ojos. No puede ser visto, pero ve. Igual que la poesía y su intento por desentrañar el misterio de las cosas. Por aunar lo

que nos mantiene en vilo. La necesidad de hacerse otro: de hacerse tú, nosotros, de hacerse árbol o ninguno o nadie o viento o todos o cualquiera, y vivir “con la ciega pasión de quien no sabe”. ¿Qué queda cuando desaparece el nombre? “Queda entre tanto ahora, escucha su latido”. Y eso es lo que hace el caminante que camina y mira y escribe. Que camina y mira y escribe y pinta. Que ensaya sus pasos como pincelada taoísta: “*porque no hay vuelta atrás*”. La conciencia del paso del tiempo duele. Y de ahí este canto a la inmediatez, nuestra única posesión. Así comienza el libro con un poema dedicado a Agustín García Calvo y que se titula “Ahora”: “Porque el paso es efímero/ y consuela nombrar / la hora que habitamos / se inventó la palabra / que intenta traducir / lo que no tiene nombre / la palabra que muere / cuando se sustantiva / y se escribe ‘el ahora’”. Y así termina, desapareciendo: “Yo es ahora un extraño, / un sujeto cualquiera que predica, / un par de letras mudas/ ebrias en la corriente/ de un río que no sabe / ni el nombre de sus aguas, / ni a dónde se dirige / y nada de eso importa”.

## De Boticelli a Chet Baker

LUISA MORENO

Álvaro Fierro Clavero

*La luz completa*

Ediciones Vitruvio, 2021.

Álvaro Fierro en su último libro *La luz completa* nos arrastra con sus versos rebosantes de sentimiento amoroso hacia el honesto mundo de sus emociones más íntimas y sinceras.

Fierro Clavero es un poeta fructífero, culto y, sobre todo, perdidamente enamorado, que dedica este vasto poemario de formas clásicas a su gran amor, una persona con quien el autor mantiene una relación de pareja, a quien le dedica el libro y tal como reza el subtítulo del libro: “Rima en vida de mi señora Laura” y la dedicatoria: “Para ti, Laura García Miller, que tienes muchos nombres, muchas almas y muchos cuerpos en donde lo imaginario y lo real, lo inesperado y lo

maravilloso se comunican dulcemente”. El autor de *Colonizado corazón*, un libro de piropos, se supera aquí arrastrado por un amor actual, vivo, presente y real que inunda e ilumina su mundo; entroncando formas clásicas como un Petrarca del siglo XXI, Fierro Clavero se aferra a su particular e idealizada Laura para escribir sin descanso un amor valientemente declarado y recalado para que jamás acabe en el olvido. Asombra en él su capacidad de amar, de mantener su producción de versos sin dar cuartelillo al desaliento en tiempos actuales, carnalmente triviales, en los que el amor honesto está casi mal visto.

Fruto de esta iluminación e inspiración amorosas es este extenso libro de poemas una obra de más de doscientas páginas, que nos invita a contagiarnos, a disfrutar largo y tendido compartiendo su incesante palpito. Más de treinta sonetos y otras formas poéticas todas ellas con el hilo conductor de la presencia inspiradora de su amada o con la ausencia de ella, una ausencia y lejanía igualmente inspiradoras gracias las fotografías, los recuerdos, las imágenes y las sensaciones revividas. Catorce de estos sonetos forman una corona de sonetos, que parten de un “soneto madre” o “soneto semilla” inicial.

La mirada tierna, la mirada apasionada, la mirada asombrada por tanta belleza y admiración ante un ser, objeto de su amor, que para el poeta es la “mujer total”, conducen al lector hacia mundos que van desde la mitología hasta el mundo sensorial de la propia infancia del autor: Fragmento de “Inmortal y rosa” “... en ti veo resueltos los vaticinios de la vida / porque mirarte me conduce / a otra realidad fija en lo eterno / y me regresan los colores de la infancia, / y los olores y sabores, / aquella luz completa / en la que todo aún era posible”.

“Inmortal y rosa” es uno de los títulos que hacen referencia a otra obra de arte, en este caso a “Mortal y rosa”, una joya de la literatura española, un libro escrito en prosa poética por Francisco Umbral a raíz de la muerte de su hijo.

A lo largo de “La luz completa”, el autor recorre su mundo amoroso inspirado en las más diversas artes y creaciones artísticas pasadas y presentes.

Desde la mitología clásica: “te sitúan mis poemas entre las criaturas de la mitología”, aparece también el mito de Orfeo y Eurídice, Dafne,

Lilith, etc; hasta la Laura de Petrarca, o la pintura renacentista, en el soneto “Laura según Botticelli”, pasando por Rilke o la poesía romántica de Gustavo Adolfo Bécquer, con el verso tomado de la rima XVIII, “Por una mirada, un mundo” es un soneto que vuelve a deslumbrarnos con Laura en un caleidoscopio de verbos donde la luz se descompone en destellos de colores. Son numerosas las referencias a la música, la literatura y el arte de todos los tiempos incluido el cine: “La dama de Shanghai”, de Orson Welles por ejemplo. También un poema tiene de trasfondo el sonido de la trompeta de Chet Baker... Son numerosas las referencias que nos llevan del pasado al presente, con un sentimiento amoroso que es hilo conductor de todos los tiempos. También deja patente el autor su gusto por la ópera y el cine, y por cabalgar sobre siglos de cultura europea, con el poema “Ante la puerta de Tannhäuser”.

Fierro hace un recorrido por la Historia de la filosofía en el poema “El alma de Laura”, con versos que van desde lo trascendental hasta los chascarrillos amorosos: “...pero Santo Tomás no pudo conocerte / y al verte en bañador hubiera comprendido / que el alma en ti es el cuerpo / y el cuerpo es tu manera de ser ángel.”

“Eres memoria y eres olvido”, “todo y nada”, “nunca y siempre”, “allí donde comienza lo que nunca termina”, “eres lo que recuerdo cuando olvido” son algunos ejemplos de figuras retóricas en las que abunda la antítesis. Otra figura literaria habitual es la hipérbole: “en ti se me resume el mundo, Laura” “eres la diosa de la lluvia, “has nacido en ese sueño que tuvo Dios un día”.

Son habituales los recursos estilísticos basados en la repetición, como la anáfora con palabras como: luz, primavera, flores, ventana, agua, eternidad, aire, mundo, comienzo y final... Así como en los poemas de contenido más de deseo carnal: cuerpo, labios, boca, besos, cuerpo.

Dijo el poeta Charles Simic (1938): “Con frecuencia el poema lírico es una afirmación de que lo privado es público, lo local es universal, lo efímero es eterno. ¡Y es así! Los poetas acaban teniendo razón. Eso es algo que los filósofos no son capaces de perdonarles”. La hipérbole se convierte aquí en recurso habitual: “Por una mirada, un mundo”; “Cuando te veo se me rompe el mar... / arrojé al sol todos mis labios, cuando

te veo / perteneces a lo que no termina y no comienza”.

El poeta mirando una fotografía de su amada, éste es un elemento que se repite y expresa una melancolía que resulta engendrar una gran belleza. La distancia entre ambos amantes, que viven cada uno en un país, lejos de diluir este amor, lo espolea y lo tiñe de nostalgia, produciendo versos de una contemplación intimista conmovedora. Ante la lejanía de su amada, la distancia se convierte en motor en esta prolífica producción de sonetos: “Declaración de amor”: “Estar lejos de ti es mi castigo, / mi luz oscura y gris, mi penitencia, / mis ganas de llorar la propia ausencia de esta vida incompleta de mendigo. / Por eso te reclamo y te persigo y le recuerdo a Dios esta carencia / y le he pedido al diablo una insolencia: / que venga a nuestra boda de testigo. / Que sea este soneto el documento, / la prueba del amor que aquí se encierra / y la declaración de que este humano / bien de rodillas o abrazado al viento, / irá hasta el centro mismo de la tierra / para pedir con ilusión tu mano”.

Contagiados de nostalgia imaginamos al poeta observando en la noche las fotografías de su amada, poemas como “Tu piel era la noche”, “Pensaba así en tu carne”; y vemos la mirada melancólica del poeta y de su amada en versos de “La luz convalecida” y “Melancolía en traje de etiqueta”. Es conmovedor el modo en que el poeta mira a su amada y también observa la mirada de su amada Laura: “Mirabas a lo lejos”: “Mirabas al lugar donde se inicia el tiempo”. “Quise mirarte así, como quien nace en lo que mira”.

En definitiva, éste es un poemario que ha sido calificado de “ráfaga de amor arrebatado”, que materializa cómo hasta el siglo XXI llega y sigue viva la influencia clásica de Petrarca, y de Garcilaso; Fierro nos lleva al pasado y a la eternidad mediante sus formas clásicas y su abundancia de sonetos. Es sin embargo un sonetista actual, con formas clásicas renovadas, que lleva a Petrarca en la cabeza y a Laura en el corazón mientras baila con su amada entre la Cibeles y Piccadilly Circus, pasando por las bocas de metro de las urbes europeas del siglo XXI.

## Instrucciones para silbar después de la tormenta

DANIEL GARCÍA FLORINDO

Juan Cuevas  
*Silbar todavía*  
Versátiles, 2021.

Uno de los autores más queridos dentro de lo que podemos llamar un indeterminado circuito marginal e independiente de la poesía actual en Sevilla es el poeta loreño Juan Cuevas Boyer, cuya obra empezó difundirse modestamente en iniciativas culturales como las publicaciones de «La oveja negra» —*Perfume de tormenta* y *Cabezabajo* (2011)— en el barrio sevillano de La Alameda. Desde entonces este autor ha ido conformando un universo poético muy personal y característico que no ha dejado de modularse con coherencia en sus siguientes entregas *Mordido* (Asociación Pelagia Noctiluca, Sevilla, 2018) y *Poemaria* (Ultramarina C&D, Sevilla, 2020), del que conviene ahora traer el poema «Poesía ¿para qué?» donde el poeta declara lo siguiente: «Poesía como transformación, búsqueda y reencuentro. / Poesía como acercamiento a lo impalpable, a lo etéreo, a lo ingrátido. / Poesía para compartir lenguajes primigenios que perdimos, para expresar lo intangible, para devolver el eco de lo que fuimos cuando no existía la palabra. / Poesía, en mi caso, como esencia y percepción a través del lenguaje, para buscar la belleza. / Poesía desde la estética para nombrar, nombrarme; para esclarecer, esclarecerme. / Poesía para escribir las músicas que rige el Universo. / Poesía para causar, para encontrar la verdad de la belleza». Con estas palabras, pues, el poeta reflexionaba e interpretaba su propio quehacer poético destilando así las claves de una poética que, sin duda, ha mantenido en este nuevo libro que nos ocupa. De hecho, con *Silbar todavía* toda la obra del autor resplandece como un conjunto orgánico en el que se articula un discurso lírico y vital, es decir, una poesía que podríamos situar, por un lado, en la tradición romántica por tratar de reflejar esa verdad esencial del sujeto en su contenido. Por otro lado, con respecto a la forma

y a la técnica, la poesía de Juan Cuevas avanza hacia el juego vanguardista (hispanoamericano, especialmente, donde se aprecia una afinidad sentimental hacia Cortázar y Pizarnik) o la ensoñación surrealista que previamente ha transitado por las raíces simbolistas del malditismo de Baudelaire o Rimbaud. En definitiva, podemos destacar en conjunto un dominio evidente del nivel semántico, un particular lenguaje poético a través de la imagen y la metáfora como instrumentos fundamentales que conectan el mundo de la realidad del sujeto empírico con el de la imagen enunciada por el sujeto lírico, esa voz que habla en el poema.

El libro se abre con una cita de Alejandra Pizarnik (“Escribes poemas porque necesitas / un lugar / en donde sea lo que no es”) con la que el poeta ya nos sitúa en la doble tradición comentada anteriormente sobre la tensión entre verdad-realidad (imposibilidad) / poesía-surrealismo (posibilidad). Seguidamente, el poema liminar funciona como un claro ejemplo de estas posibilidades. Este poema sin título, estructurado en tres partes, nos ofrece un catálogo de las “mágicas” posibilidades que alberga una poesía que trasciende y transforma cualquier realidad. El poema comienza con una imagen donde se expresa el significado del verbo que sostiene el título: “Silbar es abrir la mandíbula del guisante / y llenarla del alba descosida del espantapájaros”. De este modo el poeta define la propia poesía que se sustenta en este libro a través de potentes imágenes surrealistas que bien podríamos relacionar con autores de la talla de Juan Carlos Mestre, por citar un modelo contemporáneo. En resumen, encontraremos en este libro una transgresión del orden racional de las cosas propia de una poesía surrealista.

Continúa este poema en la siguiente estrofa con una serie de acciones que alude al hecho metafórico de la escritura del propio libro: “A la raíz que sacrifica el lenguaje de la tierra, mezclaré mi canción, mi arado”. Y, por último, hace partícipe al lector de este proceso en la última parte para cerrar el círculo de la comunicación poética: “Quienes reciban mis cantos, / guardarán su eco / en un cuaderno donde asoma un pez legendario”. Por otra parte, este poema liminar nos avanza el mundo de la tierra, del campo, del cultivo, del mundo rural y primigenio hacia

el cual se dirige el poeta en búsqueda de otros sentidos entre silbido y silbido (poema). Con esta base metafórica sustentada en el trabajo de la tierra/palabra, el libro se estructura en tres partes: «Labranza», «Siembra» y «Recolección», equivalentes al planteamiento, nudo y desenlace, respectivamente, de un relato que el poeta proyecta sobre su estado y circunstancias vitales.

En el primer conjunto («Labranza»), encontramos piezas que plantean la situación con poemas que abordan el espacio y la memoria personal («Atom heart mother», el viaje a ese espacio aldeano (Maúllan los tejados), «Barbería Iberia»), las circunstancias y el autorretrato del sujeto poético («NEM», «La oveja negra», «69 lunas»), la memoria personal («Vicks vaporub», «69 lunas»), colectiva e histórica que dignifica el fracaso («Los barcos hundidos») o se fusionan en el poema («República», «Canal de los presos», «Cronología de ultratumba»).

Tras este planteamiento tiene lugar la segunda parte («Siembra»), el nudo o conflicto del libro, cuyo motor generador de tormentas emocionales se concentra en el impactante poema «Los ángeles guardan bajo sus alas una cebolla partida en dos de intenso cobalto casi éter», poema que transmite un dolor, que entendemos elegíaco ante la pérdida paterna si seguimos el relato sugerido por el contexto y el libro, en general, un bello homenaje a los padres y al universo rural donde vuelve el poeta. En este sentido, *Silbar todavía* se relaciona en su forma y contenido con el famoso cuadro de Marc Chagall *Mi aldea y yo* (1911), donde el pintor también ofrece una visión onírica, un recuerdo borroso compuesto por retazos de diferentes escenas que quedaron grabadas en la mente del artista («Paseo en Renault 7 con pegatina de Expo-92»). A medida que avanza el libro ya podemos relacionar como en un juego de espejos ciertos poemas entre sí, como el que aborda la mirada hacia los padres ancianos del presente («Mitología doméstica») con los jóvenes progenitores del poeta en el magnífico poema de la primera parte «Cortázar nunca estuvo allí».

Por último, el libro concluye con «Recolección», poemas que abordan la muerte («Oración»), y la despedida del ser querido («Despedida»), o bien, palpan el peso del dolor en poemas catárticos donde leer supone «abrir

un libro como una cuchilla de afeitar» («Pasar páginas pasar»). No obstante, también en esta parte se conjugan todos los temas comentados anteriormente y, en general, se mezclan en las distintas piezas: la memoria histórica («Fusilamiento»), pero especialmente la memoria íntima y el presente en el pueblo («Sonata 1980», «Eskay blues», «Bar triste de pueblo»). Cierra el libro los últimos versos del poema «Tabaco mojado» con un broche que reafirma el realismo mágico de este libro tan rico en imágenes: *Al encender el cigarro, mil años de soledad / subirán en cada viruta del humo*. De alguna manera, estos versos nos confirman lo ya comentado al principio sobre la visión poética de Juan Cuevas: nos revela una evidencia intuitiva, saltándose los límites de la percepción común y la interpretación «lógica» de la realidad. En resumen, supone afirmar lo imposible, darlo por cierto con toda naturalidad. De hecho, la cita inicial de Alejandra Pizarnik aludía precisamente a esta clave fundamental del libro.

Sin temor a equivocarme, pienso que *Silbar todavía* es un libro excepcional en nuestro campo literario. Situado al margen, lejos del centro, su naturaleza es esa precisamente: permanecer resistiendo lejos del éxito, hacer de esa conciencia una seña de identidad, y usar la palabra poética para refugiarse contra la tormenta que se cierne sobre el sujeto lírico. La poesía como resistencia, pues, para continuar silbando a pesar de la lluvia.

## Ver detrás de lo que está delante

DANIEL GARCÍA FLORINDO

Pablo Macías

*Desde dónde, hacia cuándo*

Valparaíso, 2020.

«Ver detrás de lo que está delante» es el membrete de las palabras preliminares de un magnífico ensayo de referencia, sin duda, sobre la poesía de Karmelo C. Iribarren: *Otra manera de decirlo* (Renacimiento, 2017), obra de Pablo Macías (Arcos de la Frontera, 1979), autor que

ahora nos sorprende con su propia incursión en la creación poética con *Desde dónde, hacia cuándo*.

Ya desde el propio título se plantea la oposición, el contraste, la ironía propia de un inteligente quiasmo, un enfoque que tensa y relativiza el espacio y el tiempo para ver más allá (evidenciarse, cuestionarse, contradecirse) lo que el observador (voz poética) y nosotros (lectores) tenemos por delante de nuestras narices. Como partícipes de un sistema o engranaje social, del cual el poeta aborda sus asperezas modulando una voz sutil, irónica, sarcástica y, ante todo, inteligente, el autor consigue desestabilizar la ficticia «seguridad» en la que cualquiera trata de cobijarse con mayor o menor éxito y responsabilidad, empezando lógica y emocionalmente por sí mismo. Cobra así sentido las dos citas iniciales del libro. La primera, de Samuel Beckett que tanto se relaciona también con el título: «Es allí donde iría, si pudiera irme; aquel el que sería, si pudiera ser». Y la segunda cita de la poeta Yolanda Ortiz, afinidad electiva del propio Macías que dice: «Estamos velando a un muerto / aquel nosotros que tanto se amaba». Efectivamente, en este sentido, el poeta trata de exorcizarse a sí mismo en un ejercicio de purificación a través de una escritura que pone las cartas boca arriba, y que en ningún caso puede resultar amable, sino absolutamente vergonzante. No obstante, el discurso del libro se plantea con una variedad luminosa de formas que caracteriza la profundidad de cada poema y, en general, de cada parte del libro. Abordemos a continuación las siguientes consideraciones sobre cada una de sus cuatro partes:

La primera parte se compone de ocho composiciones que ponen «por delante» su claro tributo a la poesía tantas veces etiquetada de Karmelo C. Iribarren, al que no en vano se le dedica el segundo poema titulado «Tu madurez». Son composiciones, pues, claras y rotundas, propias de un estilo inconfundible: poemas breves, de versos cortos, cargados de pesimismo y un lenguaje llano y coloquial que recrudece aún más el feísmo y la sucia realidad. Efectivamente, encontramos esa resonancia del «realismo sucio» («Intuición», «Aún quedan restos») de Iribarren o de Roger Wolfe en su vertiente más trascendental. El existencialismo de Macías aflora así con esta estética de manera rápida, eficaz, diáfana y cortante incitándonos a padecer la conciencia

de ser efímeros con los versos del primer poema «Atajo»: “Cambia de ruta. / Acepta el atajo. / Contempla de cerca / tu ruina”. El poema que cierra circularmente esta primera parte viene a funcionar como espejo del primero que acabamos de comentar, y como bisagra de la segunda parte. Si «Atajo» nos proponía mirar de cerca nuestras ruinas con todo el espíritu barroco sin ninguna trascendencia, este trata de convencernos para detenernos a valorar («contemplar», diría Garcilaso con Petrarca) nuestro estado, en este caso, lleno de vergüenza, infamia, oprobio y, por tanto, de «cobardía».

En la segunda parte del libro los poemas pasan de las sentencias aforísticas anteriores a composiciones que mantienen el verso corto con acierto para dinamizar un discurso que requiere mayor longitud y narración pues se pasa de la abstracción inicial a concretar aquel pesimismo existencial en un desencanto social por medio de una poesía histórica que conlleva un enfoque y una reflexión eminentemente crítica con el presente y el pasado reciente. Así, el primer poema de esta parte titulado «It's very difficult todo esto», título humorístico que, simplemente enumerando acontecimientos, mantiene un espectral enfoque sobre la historia reciente de nuestro país, y trata de mover al lector, despertarlo del letargo de la razón en la que nos hemos acostumbrado. Efectivamente, su construcción toma como eje el primer verso (*Nos habíamos acostumbrado*), que actúa a modo de mantra, un paralelismo que se repite en cuatro ocasiones, como si de un salmo, una letanía o una chirigota se tratara. Otra especificidad de este poema es su carácter lúdico que el autor propone en la nota a pie de página que conlleva el título de la pieza. En ella, el autor propone al lector para una correcta lectura que piense «un hecho —más presente que pasado— que haya contribuido a forjar la historia e España. Más adelante, cuando halle una línea de puntos, introducirá el hecho pensado en ella». Sin duda, se trata de una estrategia insólita y lúdica que requiere un lector activo y cómplice con el juego literario, algo que además agradecerá. No podemos dejar de comentar el siguiente poema de esta serie «La gran antropometría azul», título tan rimbombante como irónico (también pretendidamente «cómico»), como la pieza anterior), que nos devuelve una inteligente

reflexión sobre nuestro mundo patriarcal por medio de una anécdota: una escena en la sala del museo Guggenheim de Bilbao donde la pintura homónima de Yves Klein es contemplada por una niña que escucha la explicación audioguiada de la obra. El poeta construye así una gran imagen de idénticas dimensiones a la del cuadro abstracto en la que se evidencia inteligentemente la necesidad de una justicia feminista, una suerte de justicia poética y artística. De hecho, a poco que el lector se interese por la técnica utilizada en las llamadas «antropometrías» de Klein encontrará nuevas analogías sobre la instrumentalización de la mujer, por ejemplo. Y, por otra parte, esas analogías caben en la descomposición del sustantivo *antropo-metría*, que viene a significar, del griego, 'la medida del hombre'. Continúa así esta línea irónica, sarcástica y (auto)crítica desde una voz que ha de escindir del mundo del que forma parte, pero del que su conciencia le impide permanecer cómodamente. En esa herida romántica reside quizás el motor de estos poemas («Mi solidaridad», «La piruleta», «Ven, siempre ven»...).

Si en la segunda parte, vemos un planteamiento aéreo de temas globales, en la tercera parece que el poeta trata de perder altura para implicarse desde un enfoque más personal donde puede expandir su educación sentimental con mayor relieve («Soneto malparido de la imprecariedad», «Serventesios para Eloy Olaya»), desmitificar su relato familiar («Mitología familiar») y, en general, ponerse ante un espejo que refleje los sinsabores o fracasos de sí mismo. Se trata, pues, de poemas valientes, algunos de los cuales tan sobrecogedores como «Adivina quién eres». Esta implicación del autor incrementa un mayor atractivo a esta parte, pues encontramos piezas que el lector atento a la poesía actual sabrá agradecer.

El libro finaliza con una cuarta parte, en la que encontramos una voz surrealista para ofrecernos cuatro poemas muy interesantes que bajo la denominación de «Sonámbulo» aborda los cuatro elementos: agua, tierra, fuego y viento. Consigue así desde su propio sonambulismo introducirnos en un territorio de duermevela y onírico que el lector no se espera, pues bien podrían pertenecer a un libro completamente distinto. Una propuesta, sin duda, variada y dispar la que nos ofrece el poeta.

En definitiva, todo un viaje desde la reflexión nihilista, existencial, y el tono imprecatorio hasta la visión de un mundo que no es el «mejor de los posibles», precisamente. Un viaje que va concretándose en la tercera parte en el espacio más personal e íntimo del sujeto, y que deriva, ya en la última parte, en la profundidad aún más íntima del sueño. Cobra así especial sentido el título *Desde dónde, hacia cuándo*, obra cuya lectura no podrá dejarnos indiferentes.

## Esa honda resonancia de temblores

MANUEL CARBAJOSA AGUILERA

Rafael Montesinos

*Los años irreparables y otras prosas autobiográficas*. Rafael Roblas Caride (ed.). El Paseo Editorial-Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla (CICUS). Sevilla, 2020.

En el año del centenario del nacimiento de Rafael Montesinos (Sevilla, 1920-Madrid, 2005), El Paseo Editorial y el CICUS de la universidad hispalense han alumbrado en su Biblioteca de Autores Meridionales una remozada edición de *Los años irreparables* (1952) junto con otras prosas autobiográficas. Precedido de un prólogo escrito por su hijo, Rafael César Montesinos Calvo, el libro cuenta con la introducción de Rafael Roblas Caride, a quien se debe esta magnífica edición, rematada con una cronología vital de Montesinos, el manantial de la bibliografía y un cuadernillo gráfico; le siguen dos bloques: el primero con *Los años irreparables*, sobre los zancos de sendos prólogos y epílogos; y el segundo, denominado *Otras prosas autobiográficas*, que incluye una selección de textos de *Cuaderno de Alájar* (1988) y *Amor a Carmona* (1997), seguido de un conjunto de escritos inéditos bajo el título *De memorias y nostalgias* del mismo tenor autobiográfico, culminando con una serie de artículos periodísticos publicados en *ABC* de Sevilla, en otros medios de comunicación e, incluso, inéditos.

La reedición de un libro de Rafael Montesinos

invita a embabernarnos en su magisterio esencialmente poético, más allá de la forma escrita; pues, aunque es de prosa de la que vamos a hablar, nadie se engaña que, tratándose del maestro Montesinos, su verdad poética impregne la palabra. En la medida en que la patria es la infancia, Montesinos evoca, desde su exilio madrileño, ese profundo ensueño por volver a su Sevilla, devastada por la barbarie sacrificial del tiempo (y de los hombres: vid., p. ej., Ignacio Camacho Martínez, *Sevilla en la encrucijada, 1930-1970*, Renacimiento, Sevilla, 2020): esa herida abierta del anhelo por volver a unos cielos, de tan lejanos, perdidos: “Mi Sevilla estaba —y aún sigue estando— dentro de mí. (...), habitante imposible de una ya imposible Sevilla” (pp. 178-179).

De él dijo Antonio Burgos que era “nazareno de la cofradía de la nostalgia de las cosas perdidas”, que recuerda aquella frase de Ganivet: “en el país más alegre del Mundo viven los hombres más tristes de la Tierra”; o a Antonio Gala, cuando confesó a Jesús Quintero que Sevilla tiene el misterio bajo su pátina de alegría. El propio Montesinos, dotado de “esa alegre melancolía del sevillano no tópico” (p. 146), lo afirmó en ocasiones: “La ciudad también tira a triste con una sonrisa. Siempre fue así. Aunque la disfrazaran de alegre para exhibirla por esos mundos de Dios” (p. 247). No es, creo yo, tristeza de pena mustia en puridad, sino gravedad, que tiene más de trascendencia u hondura (según se dirija la mirada) que de tristeza. Junto a la cal, el azulejo, el ladrillo tallado o la teja vidriada, se encuentra esa Sevilla de muros granates y sombras de mármol, esa Sevilla grave y fría del silencio y la medida, esa esperanza de primaveras al instante conmovida por el fluir del tiempo condenado (Heráclito y Manrique en el mismo tramo); esa Sevilla oscurecida de junco y barro como en los paisajes de Sánchez Perrier. Ya advertía Montesinos que “las naranjas sevillanas son amargas” (p. 202) y es que el río de esta Ciudad de luz lleva sus aguas turbias.

Templando la lira de Izquierdo (al que homenajea en las páginas 193 a 195), Montesinos recorre, envuelto en esa melancolía bequeriana que late en San Lorenzo, los recovecos de su anhelo de hondo calado bajo el disfraz ya raído del recuerdo. Agradado con el pulso trascendente de esta tierra esencialmente lírica, deambula por su

Arcadia perdida enlazando con la voz de quienes ya cantaron a esa abismática gravedad hermosea da con los reflejos del río, intuyendo las suaves veladuras del susurro y la distancia, con el corazón ofrecido en sacrificio bajo el influjo mágico de la loba de Itálica y la sombra arropada de esa Diosa que domina su cielo y su alma (“en mi vida existen ya más Girdaldas evocadas que vividas”, p. 183). Rafael Montesinos se envuelve en la esencialidad vital de ese pulso viejo, de ese eco eterno de Sevilla, ese temblor de luz sobre fachadas desgastadas por el tiempo y la palabra, ese abismo de sombras que va troquelando con hondura la rotundidad de sus silencios. Y Rafael sabía escuchar el telúrico latido del silencio, convencido de que la esencia de esta Ciudad es la pureza a través de la sencillez aparente. La Gracia no es la gracia, sino la Gracia de la Pureza, que es por lo que esta Ciudad sabe que merece divagar desde hace milenios. “Desnuda en su pureza. Desnuda y verdadera” (p. 213), escribe Montesinos. En presencia de la Verdad, esta Ciudad tentada de tramoyas sabe callar... contemplando (tuviera que ver que Manrique fuera de Segura de la Sierra, cerca de donde nace el padre Betis). “Sevilla —como la Poesía— es para sentirla, no para explicarla” (p. 170), porque “el verdadero amor es aquel que uno siente sin poderlo razonar” (p. 179). A fin de cuentas, igual Sevilla que Alájar, “quien llega al límite de la nostalgia alcanza también las últimas fronteras del amor” (p. 125); es lo que tiene la patria perdida de la infancia: llama de amor sobre la herida. Por eso, desde su mirada honda, Rafael confiesa que “no se es andaluz; se es de Andalucía, porque es ella la que nos posee” (p. 245), justo después del homenaje titulado *Elogio de lo onubense*.

Al leer a Rafael Montesinos se escucha el eco hondo de la palabra, las ondas en el estanque turbio del recuerdo —esos estanques que atrajeron la mirada de Sorolla, por ejemplo—, allí donde poder lanzar monedas de nostalgia, monedas de nuestro tiempo, de tan líquido, muerto; sabedores, quizás, que, tal vez entre esas ondas, podrá sobrevivir el tímido eco de nuestro verso, ese que se escucha con los ojos del alma abiertos... bien abiertos hacia adentro, ese que tal vez quede prendido, supremo privilegio, en el manto de esta Arcadia que sabe enhebrar silencios. Escribe Montesinos: “(...) lucho por que todo

se conserve inédito a mi alrededor” (p. 11). Un poco más allá, confiesa: “Entonces fue cuando comprendí que uno está solo con su dolor; que se camina hacia la muerte, andando entre soledades” (p. 56). O cuando dice: “Soñando aquellos años, seguirá siendo mío aquel tiempo; aquel tiempo que, por otro lado —el de la pobre y cotidiana realidad—, es irreparable” (p. 82). Fíjense que el libro contribuye al centenario de Rafael Montesinos, cuando al leerlo nos parece, no ya centenario, sino eterno. Qué privilegio. *Laus Baeticae* y “que la Giralda le bendiga” (p. 202); Diosa Madre a la que dedica el mejor de los piropos posibles: “Parece mentira que sea de carne y hueso” (p. 182). Amén.

## Vivir del aire

ÁLVARO SALVADOR

Manuel Salinas

*A la altura del corazón* (Antología)

Colección Dama de Baza, 2020.

Manuel Salinas es un poeta granadino de amplia trayectoria, que se inicia en 1976 cuando publica en el volumen colectivo *La poesía más transparente*, su libro *Edehivira*. Libro de poesía amorosa, inspirado en algunas imágenes de poetas ya clásicos, aunque no tópicos, como José Moreno Villa o Juan Larrea. A este primer libro siguieron hasta diez entregas. El volumen que comentamos hoy, *A la altura del corazón*, puede calificarse de tetralogía, puesto que reúne los cuatro libros escritos y publicados por Salinas en los últimos diez años: *Viviré del aire* (2010- 2013), *Y portuguesa del alma* (2014- 2016), *Inacabable alabanza* (2017- 2019) e *Invencible Verano* (2020).

Aunque durante muchos años el tema central de la poesía de Salinas ha sido el amoroso, no exento de ternura y de cierta ironía, su poesía última puede calificarse como poesía concebida como canto, poesía de celebración, inscribiéndose en una tradición muy antigua que podría extenderse desde el Cantar de los Cantares a la poesía de Claudio Rodríguez, y que se continúa hoy también en otros poetas recientes como

Vicente Gallego, Miguel Ángel Velasco o José Iniesta. Afirmando esa unidad a la que nos referíamos, el libro comienza con los poemas de *Viviré del aire*, en los que Manuel Salinas intenta sentar las bases de su poética para a continuación ir intensificando los rasgos más sobresalientes de la misma. En este sentido el poema “Enamorada palabra” es muy significativo: “Sé luz: pon la vida en llamas. / Sé ala: abre lenta las piernas. / Sé aire: haz del cielo el mejor lugar de la tierra. / Sé alma: entra dulce en vena. / Sé sal: haz más felices los días felices. / Sé noche, y sueña que hay Dios. / Sé espejo, sé loba. Sé sola”.

Poesía, pues, inserta en la tradición y organizada a partir de recursos tradicionales: *topoi*, imágenes de la naturaleza (pájaros, nubes, lluvia, plantas, etc.) Y toda la articulación del discurso poético presidida por un dualismo dialéctico también tradicional, muy frecuente en este tipo de poesía: el día frente a la noche, el cuerpo frente al alma, el sueño frente a la vigilia, la luz y la oscuridad, etc.

El tema principal de estos poemas, de estos libros de poemas es, sin duda, el de una accésit espiritual a través del proceso de construcción personal que supone la elevación del edificio de la poesía. Y ese camino tiene distintos senderos que se materializan en las diferentes temáticas que rellenan la poesía de Manuel Salinas. El más transitado de ellos es sin duda, como ya hemos dicho, el tema amoroso y sus distintas ramificaciones; en segundo lugar yo me atrevería a señalar el tema metapoético que en muchas ocasiones se imbrica con el amoroso, pero también el tema de la comunión y la sublimación de la naturaleza o el de la solidaridad con los demás seres vivos. En el poema que da título al primer libro, “Viviré del aire”, uno de sus pocos poemas en prosa, es muy expresivo en este sentido: “Sólo deseo ceñir un corazón que nunca admire la fuerza ni odie a los enemigos ni desprecie a los desdichados”. Ese proceso de elevación casi ascético, queda muy bien reflejado en una segunda poética incluida en su libro *Inacabable alabanza*, “Ni tengo ya otro oficio”: “Qué claroscuros. Qué sombras. / Dios, no sé. Sólo hay luz / en esta medianoche/ de nieve en la que ando. // A quién podré decir/ que he visto lo invisible / y ya no sé otra cosa/ que levantar en vuelo / columnas, catedrales, y palomas.”

Otro recurso, que cumple también la doble función de temática y que ayuda a ese proceso de elevación es, sin duda, la música. No solamente como referencia, sino también como música de la palabra, como demostración del dominio de recursos métricos y rítmicos. Están presentes la música de la naturaleza, los pájaros, la lluvia, los violines de Verlaine, la canción del agua corriente, la música del fuego, la música del mundo, el *Pangue Lingua*, las tonadas, el canto de puntillas, los salmos... Pero lo que se exhibe y multiplica es la música de la palabra: “Lleva el agua en tus brazos/ lo tuyo y lo mío, / junquillos de enero y marzo. // En sus brazos el aire lleva/ lo mío y lo tuyo, / rosas blancas de almendra. // Piedad hallan, mañanica clara/ agua que prende la herida, salvias granadas. // Genistas, cidonias: / un aroma de estío, / carne que busca su carne / lo tuyo como lo mío. // El invierno trae, el invierno lleva/ falsas flores. Y queman.”

Y en la última sección del libro, que es el último libro incluido por Salinas en la antología, *Invencible verano*, libro escrito en los primeros meses de la presente pandemia, se produce la intensificación final de ese proceso de accésit en el que el poema se transforma en casi una oración, como en esta “Invencible música”: “Ese río se llama Dios, / alegre es lo eterno, / ese murmullo del trigo, / Dios y un pájaro lo habita: / Dios, el río, río arriba, / hecho de mi mismo río / de mi misma ola, / lo verdadero es la vida: tú: / luz, la luz, hay fuegos / que merecen ser contados / de nuevo”.

## Artesano de hermosos versos

JUAN PEREGRINA

Juan Carlos Friebe,  
*Enseñando a nadar a la mujer casada*  
Esdrújula, 2021.

Es curioso el caso de *Enseñando a nadar a la mujer casada*, el último poemario de Juan Carlos Friebe (Granada, 1968): desde el título sorprende, la

estructura amaga una historia que interesa, entretiene y nada es lo que imaginamos. El poeta desaparece mediante citas, partes, registros del lenguaje... y será voz de las que ya no la tienen.

Quizá lo importante de un libro como *Enseñando...* sea las lecturas diferentes que puede sugerir: hay un esquema eclesiástico, tal si el libro en su conjunto hubiera pasado por una previa lectura de censores y que concluye con una sucinta biografía de las protagonistas históricas que pueblan el libro, pero no de todas las mujeres que realmente lo habitan: las anónimas y desconocidas muertas por violencias impuestas, exilios forzados e inmigraciones obligadas, que también son y están en la voz del poeta.

Para ello, y con una doble estructura, interna y externa, el poeta nos ofrece así varias lecturas como decíamos, donde se interpelan varias voces y lo más llamativo, nos interpela a quienes lo leamos: se vale para ello de una figura autoritaria, como es un comisario-poeta, poeta-comisario (nótese la ironía del autor) que intenta escribir poemas sobre sus casos prácticos de asesinatos y a quien acompañan las femeninas voces opinadoras de público ajeno. Y a la vez conocemos lo que sufrieron ciertas mujeres por voluntad masculina, política o religiosa, y que permanecieron incólumes ante su verdad.

Esta sería una posible síntesis de lo que encontramos en el interior del libro pero ya decimos: desde el título el libro es preocupante porque ¿qué hay que enseñar a una mujer casada? ¿y por qué nadar? Descubriremos las respuestas leyendo, degustando el libro porque es paladeo lo que hace falta en la lectura del mismo: Friebe es capaz de ofrecer a la vez tantas cosas que el libro permanecerá vivo durante mucho tiempo tras su primera lectura. Es uno de esos libros a los que volveremos para matizar y aclarar un verso, una estrofa, un ritmo.

Porque esa es otra: la disciplina de la métrica la domina el poeta, como en sus anteriores libros, y es capaz de quebrar las expectativas lectoras sugiriendo una escritura lírica en prosa, con la melodía del verso, que se mueve entre heptasílabos y alejandrinos (rupturas de los mismos, encabalgamientos sutilísimos), enecasílabos, endecasílabos, el romance de Mariana Pineda en octosílabos y muchos versos que, dependiendo de nuestra lectura, serán uno u otro. El escritor

procura la libertad de ser lector activo.

La retórica ha hecho mella en el proceso de formación poética de Friebe y también utiliza esta disciplina de manera efectiva, sutil y elegante. No procede esconder, es más lógico mostrar. No guarda nada, exhibe con un impúdico dominio del lenguaje, la voz destrozada de la otra, la huida voz por mano enemiga de las mujeres que desaparecieron y son rescatadas por le recuerdo del yo poético. Ese yo, que a tramos anda como cadáver por las páginas del libro, hasta que encuentra acomodo en un recuerdo, en el uso de la memoria que a la risa adolescente convoca y como cristal resuena en aquellos años que ya fueron y que Friebe, insertando magistralmente la experiencia propia, evoca en poemas como “El Fargue”: experiencia personal, y si no lo es, qué importa: la verosimilitud en poesía consiste en sembrar apariencias de verdades, ya que todo es ficción, y hacer sentir a quien lee que esas semillas verídicas dan fruto interior a través del riego que nuestra mirada otorga: y si “la poesía solo puede estar manchada de verdad”, el poeta será testigo y compartirá el diario de mezquindades que es la vida, cuyos detalles dolorosos tendrán en lenguaje coloquial o elevado sus felices expresiones: características como la del doble sustantivo (nombre como adjetivo y viceversa), cambios tipográficos o uso de símbolos como el fuego, el tejido-escritura o la piedra contrastan en un libro pleno de matices y merecedor de atención, pues Friebe es un hermoso artesano del verso, valga la hipálage.

## Will Harris: silencios ocupan espacios

JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA

Will Harris  
*RENDANG*

Granta Books, UK, 2020.

Una abigarrada vitalidad mapea las sensaciones que reprime en secuencias sincopadas, al ritmo de los latidos que se empeña en ignorar:

“RENDANG. Dispongo/ las páginas del libro/ a mi alrededor. Las interpeleo. // No, responden. *No, no*” [mi traducción, al igual que las restantes]. Pandémica la desafección del humano lirismo que celebra lo que nos une (“Valoramos la dulzura/ por su incongruencia”), íntimo el discurso universal que se ocupa de la destrucción de las aficciones compartidas, “ahora que las montañas y los ríos se interponen/ entre nosotros, y ante la mera mención/ de la pasarela rompemos a llorar”.

Una mordaz inteligencia cuestiona las descripciones generales que no abordan la verdad individual del viaje, ese “otro mixto que marco en estructuras aunque algunas noches ebrias teorizo mis propias normas transmembradas”. Disecciona el poemario *RENDANG* (ganador del premio Forward a la Mejor Primera Colección, 2020), nuestra incapacidad para reconocer las realidades que no logran definirnos, presta atención a las sesgadas estéticas en contradicción: “Bajo el flujo superficial de la cronología hay nodos”, leemos en “Brecha”, “te filtras por la grieta y miras a tu alrededor, ves el pasado y el futuro, / el amor y la enfermedad reorganizados. *Reordenados*. Te sientes/ a la vez roto y recompuesto”.

A la emocional exploración, el poeta y escritor de ascendencia china, indonesia y británica Will Harris (1989, Londres) suma la política peripecia, reconsidera las formas silenciadas del caos recreado con precisión, en callejones sin salida, a través de las ruinas del subdesarrollo de una conciencia ocupada por las transformaciones: “Ojalá pudiera quedarse quieto de una vez”, dice del “Ahorcado”, “permanecer íntegro, siempre al borde de la lluvia”. Al examinar las paradojas del abuso coercitivo, el autor de *Mixed-Race Superman* (2018) establece vínculos con el descontrol (“Entre las cuatro paredes insonorizadas de mi camerino”, confiesa en “Otra vida”, “las palabras salen de la boca sin hacer ruido”).

Una cartografía aleatoria, preseleccionada para el premio TS Eliot, suprime en líricos mapas lo inhumano, expande sus capacidades para desarreglar las experiencias, “las cosas se detienen, no fluyen”, se denuncia en “Habla”: “Imposible, / por hermoso que parezca, ver a la humanidad como una sola hélice girando/

siempre a merced del tiempo universal. Fluye, se detiene, fluye. Y así”. A ráfagas, se vislumbra la vulnerable explotación en los espacios no habitados de nuestra sentimentalidad enajenada: “Algunas mañanas me despierto tan pronto”, confiesa en el poema que da título a la colección, “que todavía está oscuro e imagino que aún no he nacido”.

A merced de fronteras y deslealtades, tentativas amistades, respuestas imaginativas a nuestra actualidad, distantes empatías. Nos lleva el Premio Felix Dennis 2020 en un periplo moral, sin falsas promesas de redención, a través de un “silencio que / acumula peso que ocupa espacio / aunque lo contiene”. Sin caer en la desesperación, la experimental sensibilidad del colaborador del *Guardian*, *The London Review of Books* o *Granta* se enfrenta al totalitarismo de la realidad, a través de la multitud de conexiones de un trabajo de interrelación, de intención holística, que se abre a los vínculos entre el afecto y la opresión, con “palabras dichas/ en memoria de aquella/ con quien nunca pude hablar” (“En Sumatra occidental”).

## Inquietud por el tiempo, regocijo en la Naturaleza

JOSÉ LUIS ABRAHAM LÓPEZ

Enrique Morón

*Elegías*

Nazarí, 2019.

Un total de sesenta y ocho poemas componen el último libro de poemas de Enrique Morón, todos ellos inéditos, organizados en torno a tres encabezamientos. En el primero, “Crónica del desamparo”, al poeta le asaltan los años de la infancia y su ensoñación, acoplado el verso, profundamente reflexivo, al tópico del *ubi sunt?* Este tiempo agotado y perdido viene esmaltado con palabras que remiten a un Modernismo moderado y simbólico, recogido en expresiones como “torres de oro”, góticos, “mármoles bronce”, etc. En contrapartida, la presencia

intimidadora de la muerte adquiere un potente signo en elementos léxicos como la campana, el bronce y los vencejos con los que el poeta esgrime estoicamente el sentimiento antagónico del dolor y, a la vez, la esperanza, como recoge el poema “Tropiezos”. En el tránsito de las edades quedan, en cambio, los rostros que resisten la amenaza constante del *tempus fugit* junto a la insignificancia del hombre frente al cosmos, tópicos este recogido de la escolástica medieval: “Los hombres somos / una jauría de anhelos / que el viento desvanece de un ladrido” (“Abandono”).

Pero al poeta le queda el refugio acogedor de la poesía como creación (“Necesidad”). Aunque esta no resuelve incógnitas a las eternas preguntas, sí que consuela al poeta en sus divagaciones (“Y puestos a pensar”) en estampas en las que Enrique Morón encuentra dulce remanso en lo doméstico y cotidiano (“Al calor del brasero”).

Cuando sentencioso su autor, el poemario adopta el cariz de un testamento literario y, sobre todo, humano. Ocurre en “A pesar de todo”: “Y aquí y ahora os quiero / a todos los que hicisteis / florecer la sonrisa en estos labios / fruncidos por la pena”.

El título *Elegías* no se debe tanto a la pérdida de un ser querido sino al lamento por el transcurrir imparabile del tiempo o la pérdida de la ilusión.

Naturaleza y amor son los dos semas que dominan la segunda parte, “Amor poniente”. El poeta comparte con el lector su inclinación hacia la Naturaleza como retiro apaciguado con la que comparte sus colores, olores y sonidos. Activados todos los sentidos, con la serenidad que aporta la experiencia, Enrique Morón se dirige al amor como auxilio a su dolor.

El poeta sabe bien los espacios a los que ha de acudir para indagar en el misterio de la existencia. Si bien no rechaza la ciudad (sí lo que ella representa en su vorágine), la presencia de esta le sirve para aplicar sobre ella y sus habitantes, una crítica que apunta hacia la impersonalidad y el gregarismo. En este sentido, el tono se vuelve más incisivo y crítico en la parte que lleva por título “El mundo en que vivimos”. Con un giro en la temática y el estilo, ahora la ciudad y la vida moderna focalizan la atención para exponer las paradojas de la sociedad del bienestar y del consumo, la iniquidad, la ambición desmedida

y la cosificación. Ante la ambición y la soberbia humanas, el poeta clama la bondad y humildad, pues por encima de las miserias del hombre aguarda siempre poderosa la muerte (“¡Y nada más!”). En el trasiego de la urbe, el poeta observa la despersonalización de sus transeúntes remarcando la imagen del hombre deshabitado “en su propia yoidad, como si el mundo / no existiese” (“Los hombres que caminan”).

En la parte titulada “Balada interior” vemos al poeta entregado a su creación poética, en ese desafío (para el autor vital y esencial) con la palabra que a veces domina y en otras es apresado por su poder de imposición: “Algunas veces / la punzada es perfecta y otras veces / la aguja escoge extraños rumbos / que no has de controlar” (“Hilo a hilo”).

Otro de los tópicos a los que Enrique Morón acude es el de la *vita flumen*: “yo reconozco que la vida fluye / y aún sigo bogando por el río / donde hace muchos años que navego” (“Tropiezos”). Conforme a su carácter tampoco falta destellos del *aurea mediocritas*: “Este retiro en soledad me infunde / la paz que necesitan los mortales / que desechan riquezas / y aspiran al silencio” y explícitamente del *collige, virgo, rosas*, derivación del *carpe diem*: “Pues la vida, doncella, / es un instante apenas. // Coge las rosas de esplendor / que te ofrece el sendero”.

La variedad en el léxico es otra de las características estilísticas del poeta granadino. A pesar de hallar en su lectura expresiones cultas, por lo general el autor opta por el léxico sencillo, incorporando algunos neologismos: “en esta noche que se parece / a tu mirada”, “la moneda del tiempo, esplendorosa / de tanta platedad” (“Bajo este sol”), “que busca su yoidad por oscuros caminos” (“En las tardes de invierno”). El culmen de su creatividad léxica tiene su máxima expresión en el poema que lleva por título “A la puerta del huerto” donde conviven términos como amañecarme, niñoce, bellezal, enmontecido, preteridad y niñolez.

El estilo se asienta sobre la sencillez y, en ocasiones, la narratividad en cláusulas extensas que, en ocasiones, aporta coloquialidad. Él mismo, desde la filosofía cartesiana reconoce que “que nunca es necesario dar rodeos, / ni buscar la rareza en el lenguaje” (“*Cogito ergo sum*”).

Aunque abundan las comparaciones,

hipérboles, alegorías y epítetos (“altos luceros”, “sin la maldad perversa de la ortiga”, “Desde esta soledad de oscuros cuervos”), y metáforas *in praesentia*, conviene citar otros juegos retóricos como la antítesis en cuanto el poeta tiene conciencia de que ha de convivir con sentimientos del todo contrarios: “unas veces al lado del dolor / y otras de la esperanza”, “cual si fueran alondras que se alejan / y vuelven siempre a mi melancolía”, del mismo modo que la paradoja: “Los hombres somos seres condenados, / dentro de lo que cabe, / a ser felices / y a hacer afortunados / a los demás mortales”.

Aunque un poeta como él se sienta más arraigado en el verso clásico, en *Elegías* lo hace más del lado del verso blanco, predominando el ritmo del endecasílabo, heptasílabo y eneasílabo. La destreza rítmica se deja notar en abundantes juegos fónicos como la anáfora, la epífora, la anadiplosis, la rima en eco y aliteraciones de sibilantes y vibrantes, aunque más llamativas resultan las de oclusivas (“quien te pida piedad para mi sombra” (“Sin palabras”), predominando el ritmo paroxítono.

Una poesía personal e inspiradora pero también comprometida con la sociedad actual cuyos vínculos, también con la ciudad y sus implicaciones, no son tan cómplices.

## Música a través del tiempo

SOFÍA GONZÁLEZ GÓMEZ

*El peso del silencio (Poemas reunidos, 2004-2019).*

Carlos Iglesias Díez

Bajamar Editores, 2020

“Supe que deseaba descifrar la realidad como quien se empeña en abrir todas las puertas para apresar el aire”, confiesa Carlos Iglesias Díez en la nota preliminar con la que da comienzo su poesía completa. Esta compilación de su obra (exactamente, de sus libros *El niño de arena* y *Pájaro herido*) se presenta, en efecto, como un diario poético en el que poder descifrar la historia íntima de este joven autor nacido en Oviedo.

Iglesias ha crecido con la poesía, es más,

cabe afirmar que su madurez intelectual y emocional ha ido en paralelo con su quehacer poético. Respecto a *El niño de arena* (2012), el autor apunta que “la mayoría de los poemas se corresponden con etapas concretas de mi propio itinerario vital, de mi propio proceso de madurez como ser humano, antes que con fases más o menos definidas de mi producción literaria”. Sorprende conocer, por su precocidad, que la mayoría de los poemas pertenecientes a su debut fueron escritos entre 2004 y 2005, esto es, cuando Iglesias tenía entre 21 y 22 años. El asturiano lleva a cabo una inteligente reflexión sobre lo que supone la elaboración de un primer libro, una especie de tanteo autocrítico que, con el tiempo, uno observa con distancia y cierta compasión.

Para Iglesias, el influjo materno en el desarrollo de su vocación ha sido clave. No menos relevantes son dos amistades de cuño asturiano: Rodrigo Olay y Pablo Núñez. Los tres integran un maravilloso grupo de poetas que, además de haber dado a la imprenta ya una obra sólida, impulsa la publicación *Anáfora*. Un sello personal, que el autor se encarga de reivindicar, es la influencia de los cantautores. Iglesias comparte una selección madura de músicos que coloca a Leonard Cohen como la máxima inspiración y que, en conjunto, combina un cosmopolitismo no limitado a la tradición poética española. Luis Eduardo Aute, Amancio Prada, Hilario Camacho, Pablo Guerrero, Luis Pastor... Con sus versos, Iglesias compone melodías y convierte en notas musicales a elementos de la naturaleza.

En el fondo, adjuntar una nota introductoria se presenta como una de esas prácticas controvertidas en la poesía, como la de poner título a los haikus o presentar lo que se ha querido decir con anterioridad al grueso del libro. No resulta aquí problemática la introducción de Iglesias, ya que se sugiere más que se desvela y, realmente, ejerce de invitación sincera. Se nos antoja, de hecho, como muy meritorio el enfoque de *Pájaro herido*: la “intención no fue tanto escribir un conjunto poético, sino más bien un único poema dividido en fragmentos”.

Los poemas que ensamblan *Pájaro herido* dialogan entre sí a través de la luna —principalmente—, el sol y la lluvia. Lo estacional se

adapta al fluir sentimental de los versos. Hay una apertura emocional que evoluciona con respecto a la timidez de *El niño de arena*, como se apreciaba en los títulos de las tres partes: “Los restos de la noche”, “Briznas”, “Puntos suspensivos”.

No termina con los dos libros *El peso del silencio*, puesto que, como colofón, hallamos *Y tres poemas* (2018-2019). Destaca muy especialmente “Circe”: “En tus ojos andinos, / me aguarda todo el tiempo / que aún no he vivido”. ¿No es precioso? En fin, como dice Iglesias, “podría decir que sigo leyendo y escribiendo poesía para encontrar mi propia forma de estar en la vida”, y con libros como el suyo nosotros podemos hacerlo también.

Ante nosotros, un “horizonte cierto”, parafraseando uno de los títulos, de un poeta con vocación.

## El imposible spoiler poético

JOSEFINA AGUILAR RECUENCO

José María Zonta

*Al este de la mariposa. Antología de poesía rumana*

El Gallo de Oro Ediciones, 2020.

Por más que a través de esta reseña quisiera hacer *spoiler*, no lo lograría.

Aunque el mismo libro avise, aunque inicie diciendo de qué se trata y ante qué nos encontramos, *Al este de la mariposa. Antología de poesía rumana*, no deja de suceder vivo y mutable, no deja de interactuar con el lector. En este poemario hay algo que inquieta y mantiene activo y dulcemente incómodo a quien lee y no es tanto qué pasará sino qué está pasando, y desde el principio. Y como en la buena magia, el truco se muestra tan evidente y sencillo que cuesta verlo, cuesta rendirse ante lo que sucede con tanta naturalidad.

Hablar en estos términos nos hace pensar más en un género como la novela donde el argumento del libro suele presentar una estructura con nudos y desenlaces. Aquí se trata de un libro de poesía, ese territorio donde no siempre

es fácil encontrar un argumento unificador, coherente de principio a fin, un hilo que cosa la obra. Y es que podemos decir que estamos ante un poemario pensado como libro, como totalidad, y no solo como un conjunto de poemas escritos bajo el influjo experiencial en la vida del poeta. *Al este de la mariposa* es eso y más. Rompe los límites entre los géneros literarios sin dejar de ser poesía, sin olvidarse de lo que hace que un texto sea poético.

Se trata de un universo y en ese universo está sucediendo algo. También en cada poema. Es microcosmos y macrocosmos a un tiempo, de manera que cuando concluimos de leer el libro nos llevamos conciencia de un génesis, con sus grietas, sombras, luces y sus actos, además de las iluminaciones en partículas de luz propia que detona cada poema, independientemente y en constelación con los demás. En palabras del prologuista: “Cada poema es una púa, y rasga un velo. Cada poema es una espina, y su lectura es una rosa”.

Como el mismo título anuncia, se trata de una antología y la selección abarca una geografía concreta: Rumanía, pequeño país que de no ser por Paul Celan (el poeta rumano hace un *cameo* y pasa a ser sutil anfitrión de la obra, siendo nombrado como *el antologado invisible*) no atenderíamos qué se cuece por allí en creación poética. Que el autor escoja Rumanía es ya de por sí parte del juego, estrategia y fulgor que dan tono novelesco a esta gesta poética.

La antología se dice es realizada por un rumano, Emerich Volg, que al inicio nos sitúa en el contexto a través de un conciso prólogo.

Como decimos, previamente una nota nos avisa. Y aunque nos avisa no deja de producirse el asombro en ese instante y en adelante. Todo lo que vamos a leer es ficción. El antologador no existe, los poetas, sus notas biográficas, las autorías, los epígrafes a los poemas...todo es creación del autor, fruto de la mente del poeta que a modo de rabino judío crea pequeños golems con los que abrir un juego. Como en todo juego, hay piezas, leyes, y alguien que mueve cada pieza en el tablero. Son múltiples las dimensiones que plantea la obra: autor, antologador, poetas y lector, generando un orden no solo lineal, también circular y esto genera dinamismo, muestra una obra viva.

José María Zonta es el escritor costarricense que se ha implicado en crear esta singular obra. En su trayectoria (cuenta con numerosos y prestigiosos premios internacionales) ya se había aventurado a realizar creaciones poéticas usando el juego ficción y realidad. En esta ocasión nuevamente no deja de invitar a una lectura donde suceda la incertidumbre, donde no haya acomodación a campos nítidos que diferenciamos como “esto es realidad” y “esto es ficción”. Quien lee, a menudo quiere tener esos límites claros y así manejar su aventura lectora. En la lectura de *al este de la mariposa*, la aventura lectora la manejamos todos los implicados, es imposible quedar al margen del juego.

Si bien lo muy destacable es la riqueza, la biodiversidad propia de un imaginario crecido en Costa Rica, que el escritor nos presenta a través de sus poetas rumanos inexistentes, una de las bazas que hace diferencial en brillo a la presente obra es el terreno al que entra el lector ante las premisas que el libro plantea. Es inteligente que el autor exponga su petición de principios aclaratoria diciéndonos que todo lo que vamos a leer es creación del poeta: biografías, epígrafes, nombres...todo.

Nos preguntamos: ¿para qué aclara? Sin duda para que el lector se posicione. No es cómodo para quien lee encontrarnos con un epígrafe firmado con un nombre que sabemos es invención. La ansiedad lectora querrá ir a *google* y saciarse con una verdad, que esa persona que escribe tal verso o epígrafe existe o existió. Pero no hay salida, desde el inicio el lector ha tomado posición y has de creer una verdad: que todo (ahí) es ficción. Asumir eso tiene sus riesgos pues no hay dónde aferrarse.

Estamos ante la obra galardonada con el Premio Internacional de Poesía Gabriel Celaya 2020 y no conviene pasar por alto la convergencia: un año donde lo más ansiado ha sido aferrarse a una verdad ante la realidad que atraviesa el planeta, y la obra que se erige ganadora es un libro que plantea la vida que brinda la ficción y la oportunidad de no anclarse en la idea de que lo que llamamos realidad es real.

Así, en el prólogo, el antologador ficticio nos plantea la siguiente verdad:

“Una antología es una apuesta a la estrella más brillante en la noche más oscura”. Poesía

y Profecía se tocan. Este libro ganó el premio los meses previos a declararse la cuarentena, esa noche más oscura, y a modo de conjuro su autor puso como apuesta a estrella más brillante su antología rumana. Sin duda, leer en estos tiempos esta creación de José María Zonta aporta esa luz más brillante: “No he encontrado la manera de amarte y ser yo. /

Ninguna planta o criatura practica la humillación, / es un acontecimiento humano, la tormenta derriba / el árbol sin humillarlo”.

Otro de los riegos que asume el autor es el acto de adentrarse en una geografía lejana a Costa Rica, en distancia y en color. El poeta logra hacerse de la humedad rumana como si el trópico se tocara con los Cárpatos. El libro es terreno movedizo, está lleno de curvas cósmicas: un meteorito que mira, un dios que lee el poema antes de que sea escrito, pasteles que sobraron de la Revolución Francesa...

Hay aquí píldoras que conquistan al primer golpe de lectura, tanto que es de esos libros que encuentras en una librería, abres al azar y aún si no conoces todavía al autor y su trayectoria decides llevarlo contigo.

El humor es otro de los rasgos sobresalientes y recurrentes en esta antología ficticia. El poeta se sirve de escenarios y confluencias inusuales que rompen con lo esperado y es ahí donde el lector se encuentra riendo ante numerosos versos al tiempo que es iluminado por los rayos de genialidad que el autor prodiga. Podemos decir que es un humor luz, versos que iluminan la mente y causan asombro, abriendo una sonrisa y en algunos casos risa, liberación. Zonta demuestra que es posible hacer poesía que contenga humor y sabiduría. *Al este de la mariposa* es una muestra de esta finísima acción poética.

Los nombres de los y las 12 poetas que conforman la antología están cuidadosamente elegidos, o creados: Vasile Voda, Raluca Cotroceni, Uridil, Spirei. La perplejidad ante la sensación de existencia que transmiten esas vidas creadas se mete tan en los huesos que dudas de que esos nombres sean propios del lugar pero al mismo tiempo te resistes a querer saberlo. Moverte en terreno de incertidumbre es el compromiso lector y hasta llega a formar parte del placer al recorrer cada poema y las notas biográficas que los acompañan.

Y es que es mérito del poeta que se produzca el deseo de que todo eso sea verdad. Durante la lectura se despierta una pequeña angustia que mueve a no descansar en que esos autores no existen. El lector quiere que existan. Esos personajes están llenos de encanto, de peculiaridades, presentan perfiles originales y caemos en la ingenuidad de creer que la lectura ha de hacer posible que al final del libro suceda lo que no sucede: que el demiurgo nos diga: sí, todo esto existe, es verdad.

Espacios como el Museo de Objetos Diminutos, un zoológico que declara al poeta Ciudadano Ilustre o un poeta activista de la protección de la cuenca del Danubio son muestra del ingenio nada accidental que exhibe un libro donde todo encaja.

Pequeños árboles genealógicos, folletines familiares, poetas que se mueven como Premio Nobel o *influencer* en las redes y que pueden ser más ciudadanos anónimos que intelectuales universitarios dedicados al rigor académico; un mapa donde encontramos aficionados al deporte o personajes de circo, causando una perplejidad que no cansa, aún cuando el ingenio es incesante.

¿Qué hacen estos seres híbridos escribiendo poesía? El autor no lo plantea evidentemente, pero el lector se inquieta, pide que se lo expliquen. Pero aquí nadie explica nada, las leyes se situaron al inicio, como en todo juego, y una vez dentro ya no será argumentada la ficción.

Nos preguntamos: ¿cómo se esmera tanto el autor en imaginar tanta filigrana de ficciones? ¿Qué necesidad tiene el poeta de construir desde estas premisas? Sin duda el autor conoce que el lector de poesía se alimenta de ficciones y una vez trazado el mapa principal forma parte del proceso creador provocar en el lector el cuestionamiento acerca de la realidad.

Me atrevo a decir que la gran labor de Zonta en este libro es despertar en el lector el afán de existencia, el milagro de hacer existencia de la ficción y que nos llevemos un secreto: para hacer existencia partiendo de la ficción, crear es el acto.

Un libro que claramente pone luz en un tiempo oscuro. Sin duda *al este de la mariposa* cumple su profecía.

## Horizonte que come corazones

JOSÉ FRANCISCO DÍAZ ALONSO

Juan Bonilla

*Horizonte de sucesos*

Editorial Renacimiento, 2021.

Juan Bonilla empieza a malacostumbrarnos con las magníficas ediciones que le prepara la Editorial Renacimiento. Si la estética de *Poemas Pequeñoburgueses* (2016) ya me pareció sobresaliente, hoy, este libro de amplio formato y cubiertas ilustradas hasta las solapas, a la par que de tacto sedoso e interior sobrio pero agradable a la lectura, va a ser sin duda uno de los más atractivos que se editen este año.

El enigmático título del libro lo adopta del nombre que recibe la superficie imaginaria de forma esférica que rodea a un agujero negro. Según Lozano Leyva, del influjo de este pueden escaparse partículas que podrían encontrarse con materia y aniquilarse, dando lugar a radiación. Este comportamiento de esa región finita conduce a Bonilla a una original definición de poesía, que podría servirle incluso de demostración científica del arte poético. El título subyace en algunos versos, lo que demuestra su interés por adoptar el término como metáfora.

Ese horizonte de sucesos concuerda perfectamente con el aparente nihilismo que va salpicando buena parte de los poemas; aparente, porque en realidad no hay pesimismo, sino vitalismo, ya que apunta a una vida repleta de buenos momentos y de imágenes maravillosas: “vamos siguiendo el espejismo / del árbol del mal / y del bien/ por una senda enamorada / —a veces cubierta de lodo— / que lleva de la nada hasta la nada / pasando por el todo”. Hallamos tal vez la huella de Whitman, pero sobre todo la de José Hierro. Esa mescolanza y cierto vaivén de ironía, la nostalgia y la esperanza acaso desconcierte, pero así es la vida.

Vemos profundidad en algunas reflexiones, que ganan eficacia con el rasgo más característico del libro, la musicalidad. Su habilidad formal se advierte en la fluctuación de metros, ritmos y acentos, según sea su necesidad expresiva, como

este tercerillo en “Alcoba”: “Qué viejo / el niño que me mira / en el espejo”. En cuanto a la rima, destaca la consonante, que usa tan hábilmente que se percibe sin estridencias. Aunque para música la de sus letras, que propone para conocidas canciones y que ocupan toda una sección. Se percibe enseguida la impronta folclórica y popular, y cierto cultismo que simplifica y disimula su complejidad. El trasfondo sencillo, pero no simple, se traduce en una reflexión íntima de las cosas cotidianas, y une lo tradicional o popular con lo contemporáneo, a la par que en las composiciones juega con los versos y sus significados.

Llama la atención la heterogeneidad del poemario, lo cual justifica la división en siete secciones que abordan asuntos vitales y cotidianos: el paso del tiempo o el significado y el valor de las cosas. En la primera sección, que sirve de prólogo, nos guía por los espacios que conforman su memoria, fuentes de afectos e inspiración. En ella se sirve de Borges, pero no es el único referente en el poemario, pues hay ecos de Juan Ramón, de los Machado, Pessoa, Bukowski o Jorge Manrique, al igual que apuntes de la intemporal novela *Moby Dick*, o de la película *Blade Runner*. Todo esto, unido a un léxico a veces “ochentero” nos traslada una imagen posmoderna, muy a juego con cierto desenfado y descreimiento de tópicos. Es significativa la segunda sección, en la cual se hallan buena parte de sus mejores poemas, de tintes introspectivos y hasta existencialistas, como en “Adrede”.

Llama igualmente la atención la sección titulada “Punta Umbría” (“el pueblo con el nombre más bonito de España”), al que dedica una alegoría contándonos un día cualquiera allí, como si fuese paraíso terrenal. Comparece asimismo el amor en todas sus formas, o el desamor, pero sin sentimentalismo; el erotismo, la sensualidad y la sexualidad apasionada e íntima. La última parte sirve como epílogo o, como indica, de “Epitafio”. Esperemos, no obstante, que su poesía no acabe aquí, por más preocupación que le depare el futuro.

Con imágenes notables se refiere a la adolescencia: “Envejecemos / a gran velocidad en horas lentas”; o a un grupo de vengejos que esperan pacientes el crepúsculo: “parecen jugadores de una selección nacional / cuando suenan los himnos”. Hay juegos de palabras precisas, a veces

sentenciosas, pero de nuevo la ironía es su seña: “como hizo Keats, gran poeta de pueblo / cuya suerte fue que su pueblo era Londres”.

Creo, por último, que el estribillo del poema “Adolescencia” pasará al imaginario poético colectivo: “Otra semana sin chalet, / sin Harley en la puerta”. Pero hay que prestar atención también a estos otros: “Adrede”, “Mantra”, “Agradecimiento”, “Pinar”, “La decisión” o “Epitafio”.

En este volumen Juan Bonilla se ha planteado si “escribir poemas sólo sea / tratar de agarrarse al sueño de los otros”. Y yo me pregunto si nuestros sueños no serán consecuencia de leer sus poemas.

## Poesía de denuncia y de anuente gratitud

ANA ISABEL BALLESTEROS DORADO

Carmen Díaz Margarit

*El sueño de la salamandra,*

Libro I, Ars Poética, 2019. Libro II, 2020.

Las sirenas, gacelas, alondras de esta poeta, con todo su poder de denuncia, se convierten en salamandra en estas nuevas entregas de su poesía. La salamandra pasa del dolor indignado por las injusticias del mundo hacia mujeres y niños, a encarnarse en ellos y sufrir desde su interioridad. En el segundo libro, la salamandra se rehace y revive con gratitud hacia una forma de amor plena, que contrasta con el desamor y egoísmo dominantes en el primer libro.

En la entrega publicada en 2019, el maltrato y el abuso infantil hablan con las voces apagadas por los siglos desde el Bagdad del siglo VII a. C. y en progresión hacia nuestros días, sin grandes variaciones por lo que respecta a la crueldad, la insensibilidad, la esclavitud, la opresión, en un paralelismo terco remarcado por los títulos y los inicios de cada poema, que sitúan espacial y temporalmente las calamidades respectivas. Los niños se ven secuestrados, torturados, muertos y sus cuerpos sollozan, pero nadie los reclama;

las niñas sufren violaciones, matrimonios impuestos, trabajos rudos: “En sabanas de ciervos y flores silvestres / asediaron mil niñas que ya no podrán florecer”. Las rupturas de la armonía del mundo se corresponden con las rupturas de la métrica: cada poema de la primera parte se titula con el lugar y el siglo del suceso que se presenta de modo descarnado, en versos con ritmos rotos o desgarrados, iniciados con frecuencia en la cadencia del endecasílabo y desposeídos de su melodía en las sílabas finales “eleva a una muchacha hasta la grupa de su caballo”.

El remanso de una época feliz se abre paso, sin embargo, en el siglo IX, en La Volinia, donde, después de una catástrofe bárbara, “Siervas y condesas dominaban el mundo / sin más techo que la nube, / sin más nube que el cielo (...) / guiaban estrellas como las Amazonas sus caballos”, aunque, implacable, la sed de dominio y conquista continúa y se diversifican sus tentáculos en un mundo con leyes de selva.

En la segunda parte de este primer libro, la mirada externa y panorámica del yo poético se interna en niñas de infiernos solitarios, desamparadas: “Su madre era oráculo de los dioses / pero aquel día no estaba escuchando”, a veces atropelladas por sus propios padres o por los amigos de estos. Como en la primera parte, intensifica la congoja el contraste con los momentos de belleza, en que también el ritmo se remansa en versículos o en versos bien pautados: “Recién nacida miro las estrellas. / De pronto dos zafiros azules me deslumbran. / Están en el rostro de la mujer más bella del mundo”.

La lucidez de estos niños en ocasiones abre el entendimiento del lector a esos abismos: “No llores mamá pero hoy me marchó (...) Allí donde los niños sueñen / y se inventen querubines en el viento / sin que las serpientes negras les puedan tocar”, pero el silencio de la poeta tras tales revelaciones insinúa la indiferencia o la incompreensión de los mayores, y la impotencia para liberarse solo logra ratos de amigos imaginarios al otro lado de los espejos.

La transformación de la niña en salamandra en la tercera parte del libro anuncia una vida nueva frente a ese mundo de maldad: “Entonces Dios me elevó con sus alas desde el mismo fuego / y me convirtió en suave salamandra / que cortan y sigue caminando”.

En el libro II el renacimiento de la salamandra queda iluminada y esperanzada con la vivencia plácida de un amor sereno, en el que encuentra refugio con frecuencia. Al expresarlo, los versos se acomodan a la suavidad de heptasílabos y endecasílabos: “Porque puedo contarte / aunque sea serpiente ante la rosa / que vivo de este amor y con su hechizo”. Con todo, no quedan lejos los miedos de no alcanzarlo, de perderlo, de errar en su manifestación, de sucumbir en las incertidumbres... miedos que se deslizan poema tras poema hasta el último.

Este segundo libro está apellidado por la tradición vanguardista, sea aleixandrina o lorquiana, y por las lecturas de Salinas o de la cultura grecolatina, presentes también en los primeros libros de Díaz Margarit. Recupera pues, la poeta, su voz antigua, como recupera sus recursos, entre los que resaltan particularmente las metáforas entre dos términos igualmente imaginarios y lo que se han llamado “imágenes visionarias” a la manera aleixandrina: “Si la niebla es un niño bellissimo / diseñaré la palma de tu mano en un acuario / para que pueda nadar en verde y plata”, si bien más domeñadas que en libros anteriores no obstante.

Ciertamente, la poeta recompone sus símbolos personales, “Desfallece la sirena de madera / mientras la salamandra duerme fatigada en mármol de azufre”, y gran parte de ellos mantienen su antiguo diálogo con los lorquianos, como “el idioma secreto del agua”, “amor que se ahoga en un pantano distante”, “Como sirena sin agua no respiro”, “la nuca de los árboles”, “un cielo de tréboles”, “piernas de musgo”, “seno de hierba”, “ofrecerte un futuro tan largo como un niño”, incluso en la orientación semántica de los colores, “el hechizo se rompe en esmeraldas”, “nadar en verde y plata”, “escamas verdes”, “el deseo ávido de un pecho insumiso / en un verde infinito”, “la libertad violácea se marcha”, “carita de delfín violeta”.

La sucesión de citas de distintos autores en referencia a la simbología de la salamandra, con que se cierra el libro, pretende orientar al lector respecto a la elección del animal, como en numerosas ocasiones anteriores la poeta había explicado el porqué de los otros pivotes de sus versos. Así, Díaz Margarit invita a releer este poemario para identificar oportunamente más sentidos.

## Cerca de mi árbol

FLORENCIO LUQUE

Rafael Adolfo Téllez,  
*Nada con que volver*  
La Veleta, 2021.

Rafael Adolfo Téllez (Palma del Río, 1957) es un poeta de amplia trayectoria (desde su inicial *Si no regresas junto al portón oscuro*, 1988, hasta el poemario que nos ocupa, pasando por *Quienes rondan la niebla*, 1993, *Muertes y maravillas*, 2004, o la extensa selección de sus poemas, publicada por Renacimiento, *La soledad del aguacero* en 2017) que retorna con *Nada con que volver*, esto es, con las manos vacías. Ciertamente, ha de volver con las manos vacías, de cualquier lugar, cuando todo origen se desvela pérdida (para él, para todos) y un oscuro vislumbre nos dice, con Brassens, que nunca debimos alejarnos de nuestro árbol (“solo de lo negado canta el hombre”, señaló García Calvo). En efecto, el deseo siempre se dirige a un algo más allá del objeto, el deseo es envoltorio de agalma y, por tanto, se opone al goce, a un estarse con las manos llenas. Deseo y goce, tal vez es en esta dialéctica, sin síntesis posible, donde se ubica el poema, el arte, el poemario de Téllez. Siendo, como creo, esto así, ningún sortilegio logra resucitar lo que ya es niebla en la memoria, así que la casa familiar, la tiendecita en la calle Torrijos, el mostrador con las cajas de arenques, los sapos croando en las lagunas, esta Comala/Turóbriga de la campiña andaluza, en realidad no existe, tal vez no existió nunca y, por ello, Rafael vuelve con las manos vacías.

Pero, agalma, en todas las manos vacías arraiga algo luminoso y pleno para que crezca el verso en la soledad de sus huecos. Así Téllez nos regala cuarenta y tres poemas sin más estructura que el silencio que reclama la reflexión entre la lectura de ellos. Cuadros de una exposición, los poemas, autosuficientes y, pese a ello, como señala un principio elemental de la Gestalt, solo alcanzan su significación en el más de la totalidad. Es desde ahí desde donde señalaría versos luminosos (“Sobre mi corazón llovía despiadadamente”; “Afuera giran lentos los bueyes demorándose en la noria”; “un griterío de pájaros

/ que son el paso hacia la luz o hacia la nada”; “Se encendían entonces una a una las estrellas sobre el pueblo”), la cercanía y ternura de los animales (Sapos: “Su voz ronca, gutural / del rey de las charcas que hay siempre / entre arboledas / al doblar un callejón sombrío”. Una anciana: “vuelve, a cada rato, al perdido corral / a dar migas de pan a las gallinas”. Los viejos gatos: “La noche los trae, de lejos, al ruinoso/ caserón/ y miran recostados en el suelo la llama/ que tiritita en el candil”), elementos surrealistas (“Los viejos”: “Pero hay un gran sol caído a sus pies”; “La casa de la noche”: “Hay quien acarrea sombras / pesadas / como nubes, / delante de la casa, / -esas nubes se parecen a los siglos-”), espacios y edificios (la tiendecita de la calle Torrijos, la casa

del cura, la posada, el molino viejo, etc.), objetos (soga, garrucha, tinajas, alcuza, navaja, etc.), desde donde fluye la memoria, ajena a taxonomías, para hacer legible su bruma; quiero decir: “este tener, de niño, en la penumbra,/ la rosa del mundo entre mis manos”.

Hoy que, como escribe Emilio López Medina, en bastantes casos, “pasa por profundo ponerse a pescar allá donde no hay peces”, hacen falta poemarios despojados de rancio mesianismos y pegados a *La soledad del aguacero* (Téllez te calará). Así es la poesía de Rafael, sin alambiques ni entramados filosóficos, mera crónica descriptiva que nombra sus obsesiones y sueños, su infancia y sus temores y a la que recomiendo conocer o visitar.

**Centro de Iniciativas Culturales  
de la Universidad de Sevilla (CICUS)**

*Director general de Cultura y Patrimonio*  
**Luis Méndez Rodríguez**

## **ESTACIÓN POESÍA**

*Dirección*  
**Antonio Rivero Taravillo**

*Comité asesor*  
**Jesús Aguado, Enrique Baltanás,  
Rosa Beltrán Palomino, Juan Bonilla,  
Jacobo Cortines, Luis Alberto de Cuenca,  
Ana Gorría, Ioana Gruia y Aurora Luque**

*Coordinación técnica*  
**Juan Diego Martín Cabeza**

*Diseño*  
**F. Javier Martínez Navarro**

*Maquetación e impresión*  
**Imprenta Sand**

*ISSN* 2341-2224  
*DL* SE 618-2014

*Contacto y suscripciones*  
**estacionpoesia@us.es**  
**C/ Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla**

La revista agradece el envío de material no solicitado para su consideración, pero no se compromete a mantener correspondencia sobre el mismo.

Todas las colaboraciones de este número son inéditas en el momento de su publicación en *Estación Poesía*.

© 2021 Editorial Universidad de Sevilla  
© De los textos, sus autores